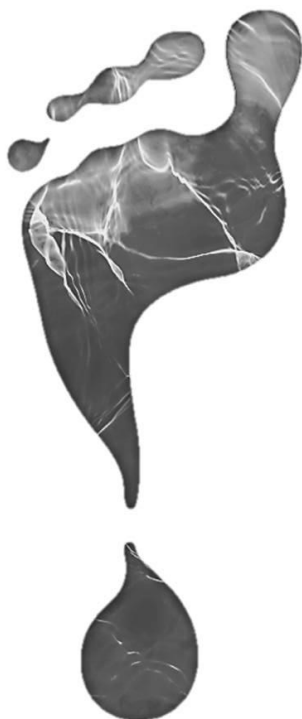


OSVALDO REBOLLEDA



**Sobre las huellas
de Cristo**

Sobre las huellas de Cristo



Osvaldo Rebolleda

Este libro fue impreso en:
"La Imprenta Digital SRL"
www.laimprentadigital.com.ar

Calle Melo 3711 Florida,
Provincia de Buenos Aires

ISBN: **978-987-42-1906-0**

1. Cristianismo. I. Título.
CDD 230

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica – **Marcela Rechia**

Contenido

Prologo.....	5
Pastor Sergio Farías	
Introducción.....	7
Capítulo uno	
Huellas bajo fuego.....	13
Capítulo dos	
Huellas de sabiduría.....	26
Capítulo tres	
Huellas para gestionar vida.....	34
Capítulo cuatro	
Más huellas.....	40
Capítulo cinco	
Huellas falsas.....	46
Capítulo seis	
Huellas verdaderas.....	52
Capítulo siete	
Huellas de libertad.....	58

Capítulo ocho	
Huellas de Señor y Rey.....	78
Capítulo nueve	
Sobre las huellas de Cristo.....	92
Capítulo diez	
Unos pasos más adelante.....	98
Capítulo once	
Huellas para nuestra generación.....	107
Reflexión final.....	128
Reconocimientos.....	131
Dedicatoria.....	132
Sobre el autor.....	134



Prólogo

El crecimiento continuo que contemplamos en la Iglesia de Cristo no habría sido posible sin hombres y mujeres determinados, verdaderos pilares en la estructura espiritual y en los avances que el Reino de Dios ha ido estableciendo a lo largo del tiempo. Ministros fieles que edifican cada hogar que el Reino pone en su camino, sembrando verdad, fe y esperanza. Para ellos, y para todos aquellos que anhelan caminar con mayor claridad y firmeza en su llamado, creemos que la lectura dedicada de este libro será de profundo valor.

Hoy somos testigos, en todo el mundo, de vidas que se pierden en vano, de naciones que se dividen entre sí, de ciudades marcadas por la rivalidad y el desacuerdo, realidades que debilitan y enferman el alma de innumerables personas. Vemos hombres, mujeres y niños que, de manera constante, cambian involuntariamente el rumbo de sus vidas, obligados por circunstancias que se imponen día tras día. Sin embargo, en medio de esta incertidumbre que parece avanzar sin freno, se levanta, como la luz de la aurora, un mensaje revelacional que provee fundamentos sólidos para un avance contundente y efectivo de la Iglesia en la sociedad. Un mensaje que vuelve a conducir a los redimidos por las huellas del Maestro.

Como cristianos, discernimos que nuestra generación está siendo alineada, progresivamente, al gobierno del

Espíritu Santo, quien nos conduce al lugar exacto donde el Padre desea que estemos, preparándonos para una manifestación plena como verdaderos hijos de luz. Hoy más que nunca tenemos el deber de responder de manera efectiva al claro mensaje de Dios, que Él mismo transmite a través de siervos a quienes ha levantado para perfeccionar a los santos.

Los escritos del maestro Osvaldo Rebolleda, sencillos y a la vez profundos, están produciendo un impacto significativo en los hijos del Reino, impartiendo el impulso necesario para avanzar sin detenerse, hasta que todo en sus vidas experimente crecimiento, madurez y plenitud, al punto de que la luz de la aurora se transforme en la claridad de un mediodía perfecto.

Por esta razón, tener hoy en nuestras manos este regalo del Señor, titulado Sobre las huellas de Cristo, representa un alto valor espiritual. Podemos asegurarle que será edificado en cada una de sus páginas y, al mismo tiempo, equipado con herramientas fundamentales que le permitirán manifestarse como un ministro efectivo del nuevo pacto.

Los invitamos, con profundo entusiasmo, a sumergirse en la lectura de este libro que, estamos convencidos, lo guiará a caminar con confianza sobre las huellas que Cristo dejó marcadas, no para trazar caminos independientes, sino para señalar con claridad un destino firme para las generaciones presentes y venideras.

Pastor Sergio Farías
Ministerios Vida y Paz para las Naciones

Introducción



Estimado lector, me llena de gozo saber que este libro ha llegado a sus manos, porque estoy plenamente convencido de que será edificado espiritualmente a través de su lectura.

No podría afirmar que este libro está basado en una inspiración divina que sugiera infalibilidad absoluta en el conocimiento vertido o en la revelación expuesta. Sin embargo, puedo asegurarle con total honestidad que he procurado, con esmero y reverencia, la guía del Espíritu Santo, para que cada enseñanza aquí compartida esté limitada y alineada a la esencia eterna de la Palabra de Dios. Lo que encontrará en estas páginas son interpretaciones personales y revelaciones parciales, sometidas al consejo de las Escrituras.

Tal vez descubra enseñanzas nuevas y aplicables a su vida, o quizá ya esté practicando algunas de ellas en su caminar cristiano. Pero, sin lugar a dudas, será bendecido por este material, cuyo enfoque es instructivo y revelador, diseñado para alentarle y guiarle a afirmar sus pasos en la perfecta voluntad de Dios. Nada más y nada menos que sobre las huellas de Cristo: huellas seguras, marcadas para que no nos extraviemos jamás, sino que avancemos hacia el Padre

eterno, de gloria en gloria, de poder en poder y de triunfo en triunfo.

***“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.”***

Juan 14:6

El apóstol Pablo, en su constante oración por los hermanos de Éfeso, evidenció la necesidad de una actitud espiritual que les permitiera comprender, con sabiduría y revelación, todo aquello que Dios ya les había concedido. Él anhelaba que los ojos de su corazón fueran alumbrados para que pudieran discernir, fundamentalmente, tres verdades declaradas en **Efesios 1:17 al 19**.

En primer lugar, cuál era la esperanza a la que habían sido llamados; en segundo lugar, cuáles eran las riquezas de la gloria de su herencia entre los santos; y, por último, cuál era la incomparable grandeza del poder de Dios a favor de los que creen.

Hoy la situación no ha cambiado. Este ruego del apóstol resuena como un eco en nuestras vidas, buscando penetrar en nuestro espíritu como fundamento de una vida renovada. Saber para qué fuimos llamados es vital para consumir propósito. Lamentablemente, muchos cristianos no saben por qué están en esta tierra. Escuchan hablar de propósito, pero no lo comprenden, y en no pocos casos, debido a una enseñanza deficiente, han llegado a asumir que su única razón de existir es alcanzar la salvación.

Por el contrario, creo firmemente que la salvación es el punto de partida de nuestra vida cristiana. Cuando el apóstol Pedro afirma que la salvación es el fin de nuestra fe (**1 Pedro 1:9**), no está diciendo que sea el fin de nuestra vida, sino la culminación del proceso de fe. Además, Pedro escribe a una Iglesia perseguida, enfrentada al martirio, lo que hacía necesario que sus miembros estuvieran dispuestos a consumir el propósito de Dios en esta tierra, aun a costa de su propia vida.

En segundo lugar, conocer las riquezas con las que contamos nos permite caminar como herederos y no como personas que solo anuncian un porvenir celestial, mientras viven en permanente escasez en la tierra. Quienes conocen sus riquezas espirituales son quienes aprenden a celebrarlas, y todo aquello que se celebra permanece. Por el contrario, lo que no se reconoce jamás podrá alcanzarnos.

Finalmente, Pablo señala la importancia de conocer la supereminente grandeza del poder de Dios para con nosotros los que creemos. Un poder que es la manifestación visible de Su fuerza, el mismo que operó en Cristo al resucitarlo de entre los muertos y sentarlo a Su diestra en los lugares celestiales. Muchos afirman creer en Dios, pero sus actitudes revelan que no conocen, o no han experimentado plenamente, el poder del Altísimo.

El conocimiento de estas verdades es, al mismo tiempo, el medio y el fin de una vida motivada por la sabiduría y el entendimiento profundo que Dios mismo

imparte mediante Su revelación. El Señor ha dejado Sus huellas para guiarnos hacia la verdadera libertad.

“Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”

Juan 8:32

La libertad es un proceso. Aunque podamos confesar que somos libres, aún nos queda camino por recorrer. Es cierto que, al recibir a Jesucristo como Señor y Salvador, somos libres de la condenación eterna; sin embargo, todavía existen áreas de nuestra vida que necesitan ser liberadas. Si conocer la verdad nos hace libres, entonces nuestra libertad siempre será proporcional a la verdad que conocemos. Y aunque la verdad no es una idea sino una Persona, nadie puede conocerla en su totalidad en esta vida.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.”

Juan 14:6

Muchos afirman conocer a Cristo, pero Cristo es demasiado grande para ser conocido en plenitud en nuestra condición terrenal. Podemos conocerlo como Salvador, como Sanador o como Libertador, pero conocer todos los matices de un Dios infinito es un proceso que solo se consumará en la eternidad. Aun así, es correcto y necesario buscar hoy un conocimiento más profundo de Él, procurando seguirle fielmente a través de Sus huellas.

Por ello, le animo a introducirse en la lectura de este libro con expectación y humildad. Mantenga una actitud constante de oración al Padre, pidiendo que el Espíritu Santo, nuestro Maestro, Guía e Instructor, le conceda discernimiento, luz y la disposición necesaria para aplicar en su vida las enseñanzas que está a punto de descubrir. Confirmemos esto con una oración sencilla, pero profunda:

Señor, nuestra fe descansa en la obra redentora de Tu Hijo amado Jesucristo...

Deseamos que estas enseñanzas, nacidas de la revelación de Tu Palabra y de la inspiración de Tu Espíritu Santo, nos edifiquen e instruyan, afirmando nuestros pies sobre las huellas de Cristo. Todas las demás son huellas perdidas y sin rumbo...

Abrimos nuestro corazón y te pedimos sabiduría para comprender cuán grande es Tu amor, desde Tu provisión hasta la sobreabundancia...

*Te damos gracias, Señor, en el santo nombre de Jesús...
¡Amén!*

Nuestro enfoque en las verdades de Dios es clave para abrir las puertas a las enseñanzas del ayer, a las experiencias del hoy y a lo desconocido de Dios para un mañana forjado en fe.

No existe una fuente de milagros y poder más grande que la que Dios nos ha otorgado. Nuestra manera de pensar determinará nuestro destino en Dios, y nuestra actitud lo hará

realidad. Atrévase, por un momento, a colgar las vestiduras del yo, los razonamientos aprendidos y los conceptos rígidos.

Por un instante, cierre los ojos naturales para ver con los espirituales. Atrévase a la fe que parece locura. Saque los pies por la borda y extienda sus manos al viento.

Por un momento, cierre sus oídos a las sugerencias razonables de lo naturalmente limitado y ábralos a las propuestas ilimitadas de la fe. Ponga sus pies sobre las aguas y camine, como lo hizo Pedro. Entonces, y solo entonces, estará caminando verdaderamente sobre las huellas de Cristo.



Capítulo uno



Huellas bajo fuego

En muchas reuniones y congresos donde he tenido la oportunidad de dialogar con hermanos de distintas ciudades y denominaciones, he observado con profunda preocupación el desconocimiento, o la imagen distorsionada, que muchos de ellos tienen acerca de Dios. Esta realidad evidencia una clara falta de comunión e intimidad con el Señor. No estoy sugiriendo que no lo amen ni que no asistan a las reuniones; me refiero a la intimidad, no a la actividad.

Muchos ven a Dios como un gigante temible que no les quita los ojos de encima, siempre dispuesto a controlarlos, castigarlos y condenarlos por cada una de sus faltas. Hablan de un Dios de amor, pero no tienen seguridad del perdón, de la misericordia, de la gracia ni de la salvación. Son creyentes atrapados en la religión: legalistas, estructurados, que dicen amar a Dios, pero ese amor no se refleja en sus rostros. Declaran ser felices, pero cualquiera puede percibir en ellos amargura, resignación y temor.

Estos hermanos, a quienes hago referencia, han sido comprados con la preciosa sangre de Cristo, y Dios los ama profundamente. Sin embargo, no saben dejarse amar. Han sido instruidos desde la intimidación y la manipulación. Conocen al Dios que prohíbe y castiga, pero no han llegado a conocer al Dios de gracia y amor.

Hace algunos años, mientras predicaba acerca del amor de Dios, surgió en mi espíritu una ilustración que resultó de mucha bendición, y quisiera compartirla: Imagine un campo minado. Un campo que inevitablemente debe atravesarse para llegar a los brazos del Padre celestial.

En Su infinito amor, Dios ha preparado un camino seguro para que podamos alcanzarlo, pero alrededor hay minas peligrosamente esparcidas. El Padre nos observa titubear, conoce nuestro anhelo y, en nuestra desesperación por llegar a Él, busca enfrentar nuestra mirada. Nos habla con insistencia, casi con urgencia, deseando que lo escuchemos.

Su plan no es condenarnos, sino salvarnos y conducirnos con propósito. Nuestro Padre habla siempre. Nos advierte, nos llama, nos cuida. Él quiere que lleguemos a Él; ese es Su mayor anhelo. Él ve cada mina. Él conoce cada trampa que el maligno ha escondido.

Hay una mina grande llamada fornicación, y el pie de uno de Sus hijos se acerca peligrosamente a ella. Dios le habla, le advierte, le explica. ¡Cuánto desea que ese hijo escuche y se detenga a tiempo!

Hay otras minas esparcidas: idolatría, adulterio, inmundicia, enemistades, envidias, pleitos. Minas de tremendo poder explosivo, capaces de destruir incluso al creyente más fuerte. Nosotros muchas veces no las vemos, pero el Padre de amor sí, y por eso nos advierte.

Cada una de esas minas es pecado camuflado por el diablo, no una diversión inocente. Cada Palabra del Padre es un grito desesperado de salvación, no una absurda prohibición religiosa.

Cada mina, por inofensiva que parezca, tiene como fin herir, destruir y condenar. Pero cada Palabra del Padre, por severa que parezca, tiene como propósito preservarnos y salvarnos.

El diablo no es un dador amigable de opciones; es un enemigo mortal. Dios no es un tirano enojado que espera que pises una mina para enviarte al infierno. Su plan no es condenarte, sino salvarte. Él es un Padre amoroso que clama para atraernos por un camino seguro, por un camino nuevo y vivo que Su Hijo Jesucristo dejó marcado para siempre.

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.”

1 Juan 4:9 y 10

Existe, sin embargo, otra clase de creyentes: aquellos formados en la gracia, pero sin entendimiento del temor. Se sienten amados, perdonados y comprendidos, al punto de creer que Dios debe aceptar todos sus caprichos e incluso sus pecados. Aman a Dios y desean servirlo, pero han reducido Su bondad a una idea superficial, sin revelación de Su santidad. Como resultado, terminan viviendo en zonas de riesgo por falta de instrucción.

Estos creyentes viven más relajados y aparentemente más felices que los legalistas extremos, pero no logran una comunión profunda con Dios. Se convencen de que Dios “está”, pero no se sumergen en el océano de Su presencia.

Conocen la voluntad de Dios de manera liviana, la interpretan sin peso ni reverencia. Es cierto que el legalismo ha causado mucho daño a la Iglesia, pero también es verdad que la liviandad, la falta de compromiso y de temor reverente la han debilitado gravemente.

“Cada palabra del Padre, por más severa que parezca, tiene como único fin preservarnos y salvarnos.”

Dios es un Dios de gracia y de amor, pero también es fuego consumidor (**Hebreos 12:29**). A Dios debemos acercarnos con temor reverente, tomando en serio cada una de Sus palabras y reconociendo la autoridad que tienen sobre nuestra vida. La gracia que Él ha derramado por medio de Cristo no es una excusa para la indiferencia, sino una invitación a una relación más profunda y responsable.

El miedo producido por el legalismo paraliza y no permite una comunión genuina con Dios, aunque no debemos olvidar que Dios demanda legalidad. Los que llevaron a Cristo a la cruz fueron los religiosos de su tiempo, aquellos que debían reconocerlo y seguirlo, pero terminaron rechazándolo.

“La religiosidad mata lo nuevo de Dios, impide interpretar Su plan y, peor aún, lo boicotea.”

Por otro lado, la liviandad de quienes viven escudados únicamente en la gracia tampoco conduce al propósito. No buscan intimidad con Dios, sino licencia para vivir según sus propios deseos sin culpa. Pero la gracia nunca fue diseñada como permiso para pecar, sino como el medio por el cual podemos permanecer relacionados con un Dios santo.

En conclusión, los extremos no edifican. Necesitamos aprender a caminar entre el temor y la gracia: honrar a Dios desde el amor, valorar la libertad que la gracia nos otorga, pero sin usarla como excusa para hacer nuestra voluntad. Debemos acercarnos con reverencia a Su presencia, con insistencia y perseverancia, pidiendo al Espíritu Santo revelación de la perfecta voluntad del Padre, para interpretar correctamente las huellas del diseño divino establecido en Cristo y caminar por ellas.

Dios no busca condenarnos ni hacernos “explotar” por nuestros errores; busca guiarnos por medio de Su Palabra,

revelada a nuestro espíritu por Su Espíritu Santo, hasta que todo nuestro ser entienda y viva Su voluntad.

“Dios ha preparado un diseño para nuestra vida; no somos el resultado de la casualidad.”

Dios ha diseñado nuestra vida desde antes de los tiempos. No somos producto del azar. Somos creación divina, y descubrir ese diseño y caminar en él es nuestra responsabilidad. Para ello, Dios nos ha dado Su Espíritu Santo, quien nos conduce a toda verdad y a toda justicia.

Continuando con este entendimiento, recuerdo que hace un tiempo me encontraba en mi oficina preparando un mensaje sobre el propósito. En medio de ese tiempo de búsqueda, sentí que Dios me habló con claridad y me dijo: “Ustedes no tienen propósito.”

Quedé completamente desconcertado. Pensé: Señor, estoy preparando un mensaje sobre el propósito y he predicado innumerables veces acerca de él. ¿Cómo es posible que digas que no tenemos propósito? Entonces el Señor me respondió: “Demostralo por medio de la Escritura.”

Conmovido, fui inmediatamente al **Salmo 138:8**, que fue la primera palabra que vino a mi espíritu, y comencé a leer lentamente: *“Jehová cumplirá su propósito en mí; Tu misericordia, oh Jehová, es para siempre; no desampares la obra de tus manos.”*

En ese momento comprendí algo que transformó profundamente mi manera de entender el propósito: el propósito no es nuestro, es de Dios. Nosotros no lo creamos, no lo inventamos ni lo definimos; somos llamados a adoptarlo en Cristo y a caminar en él desde la comunión.

Hacer Su voluntad nos conduce al verdadero éxito, porque no existe mayor éxito en la vida que consumir la voluntad de Dios. Y, al hacerlo, glorificamos Su nombre con nuestra vida, lo cual constituye nuestra mayor honra.

Este pasaje me impactó tanto que decidí leerlo en otra versión de la Escritura:

***“¿El Señor llevará a feliz término su acción en mi favor!
Señor, tu amor es eterno; ¡no dejes incompleto lo que has
emprendido!”***
(DHH)

Entonces todo cobró sentido. Dios diseñó un propósito para nuestras vidas en Cristo, pero al no conocerlo ni caminar en comunión con Él, fuimos construyendo nuestra vida según nuestros propios criterios, decisiones y deseos. Así es como nos equivocamos tantas veces, haciendo cosas de las que hoy podemos arrepentirnos sinceramente; decisiones que nos marcaron negativamente y que fueron el resultado de vivir creyendo que éramos libres para hacer cualquier cosa, sin darnos cuenta de que terminamos esclavos de nuestra supuesta libertad.

“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte.”

Proverbios 14:12

El propósito de vida, entonces, es un diseño divino, y para alcanzarlo debemos desear hacer Su voluntad, buscarle con sinceridad y desarrollar intimidad con Él. A través de esa comunión, y por medio del Espíritu Santo, Dios nos guiará a toda verdad y a toda justicia. Cristo, por Su parte, nos dejó Sus huellas como ejemplo perfecto de cómo un Hijo puede vivir sin religiosidad, obedecer al Padre y consumir propósito en la tierra, aun cuando esa obediencia implique una cruz.

Seguir las huellas de Cristo no es una tarea sencilla, ni tampoco una decisión que todos estén dispuestos a tomar. Los religiosos no logran comprender el amor como para interpretar correctamente lo que significa tomar la cruz y seguirle. Pero quienes viven con liviandad espiritual tampoco pueden discernir Su voluntad, porque la cruz no está en sus planes, aunque Dios dejó muy en claro que es necesaria.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.”

Mateo 16:24 y 25

Seguir las huellas de Cristo no es fácil, pero tampoco es imposible. El Espíritu Santo nos fue dado precisamente para guiarnos en todo tiempo y lugar. Necesitamos entender que comunión y propósito son inseparables. No podemos aferrarnos al propósito sin abrazar una vida de comunión profunda con Dios.

Lo que Dios diseñó para nosotros no se alcanza desde la estructura religiosa, ni desde la comodidad de una gracia mal entendida, esperando pasivamente que las cosas sucedan. Es algo que debe ser buscado con pasión, anhelo y entrega. Por eso Cristo nos dejó el ejemplo de Su pasión y nos mostró los resultados gloriosos de caminar en la perfecta voluntad del Padre.

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Efesios 2:10

Algunos comentaristas bíblicos interpretan este versículo señalando que el apóstol Pablo no afirma que Dios haya preparado cada obra específica, sino que, en Cristo, nos ha dado la posibilidad de vivir una conducta coherente con la fe que profesamos: una vida alineada con la Palabra y caracterizada por el buen obrar.

Sin negar esta interpretación, considero que podemos ir aún más profundo. Dios no vive dentro del tiempo; el tiempo vive en Dios. Él no está limitado por pasado, presente

o futuro. Conoce, determina y espera un futuro de victoria para cada uno de Sus hijos. Desde antes de los tiempos, preparó decisiones conforme a Su perfecta voluntad para cada momento de nuestra vida.

Dios no es indiferente a nuestras elecciones. Si somos sensibles a la voz del Espíritu Santo, Él nos conducirá al centro exacto de Su voluntad. Y no necesita improvisar: ya ha preparado el mejor camino para cada decisión que debemos tomar.

“Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.”

Efesios 2:10 (NVI)

Dios jamás nos obligará a caminar por el camino que Él preparó, pero si decidimos ignorarlo, viviremos en desventaja espiritual, emocional y aún existencial, hasta que retornemos a Su propósito. El hecho de que Dios haya preparado un camino de antemano no significa ausencia de dificultades; por el contrario, serán esas pruebas las que nos fortalecerán y nos harán crecer.

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.”

2 Corintios 4:17

Si un niño creciera aislado de todo contacto con el mundo, protegido de cualquier bacteria o germen, jamás desarrollaría defensas. Del mismo modo, una fe que no es probada nunca será fortalecida.

“Si como cristianos no somos probados, jamás seremos aprobados.”

Nuestra fe, aunque más preciosa que el oro, debe ser probada en el fuego. Pero ese fuego no tiene como fin destruirnos, sino purificarnos y hacernos crecer.

Seguir las huellas de Cristo nunca fue presentado como un camino cómodo ni exento de riesgos. Desde el principio, el Evangelio nos confronta con una verdad ineludible: el llamado de Dios no es a una fe superficial, sino a una vida transformada. Las huellas que Jesús dejó marcadas sobre la tierra atraviesan desiertos, montes, multitudes, soledades y, finalmente, una cruz. No son huellas para curiosos, sino para discípulos.

Dios no nos invita a caminar a ciegas ni a improvisar nuestro destino. Él ha preparado un diseño eterno para cada vida, un propósito definido en Cristo, y nos ha provisto de Su Espíritu para guiarnos paso a paso. Sin embargo, ese camino no puede ser recorrido desde la religiosidad vacía ni desde una gracia mal entendida. La una paraliza el alma; la otra adormece la conciencia. Ambas nos alejan de la verdadera comunión.

Caminar por las huellas de Cristo implica aceptar que habrá fuego. Fuego que no destruye, sino que purifica. Fuego que revela lo genuino de nuestra fe y consume todo lo que no proviene de Dios. No todo fuego es juicio; muchas veces es preparación. No toda prueba es castigo; con frecuencia es capacitación espiritual para niveles más altos de propósito.

El Padre no grita para condenar, sino para salvar. No advierte para asustar, sino para preservar. Cada palabra que brota de Su boca es una expresión de amor que busca guiarnos por el único camino que conduce a la vida plena. Ignorar Su voz no nos hace libres; nos deja vulnerables. Atenderla, aunque incomode, nos establece en seguridad.

El verdadero discipulado no consiste en saber muchas cosas acerca de Dios, sino en aprender a caminar con Él. Es permitir que el Espíritu Santo interprete para nosotros las huellas del Hijo y nos enseñe cómo poner nuestros pies exactamente donde Él los puso. A veces eso implicará renuncia, otras veces obediencia silenciosa, y en ocasiones dolor. Pero siempre conducirá a vida, a fruto y a gloria.

Este es el desafío que se nos presenta: abandonar los extremos que nos han debilitado y abrazar una relación viva con Dios, marcada por el amor, sostenida por la gracia y afirmada en un temor reverente. No se trata de perfección, sino de dirección. No de ausencia de lucha, sino de fidelidad en el caminar.

Las huellas están ahí. Han sido marcadas con sangre, obediencia y amor eterno. No seguirlas es una decisión; seguirlas también lo es. Pero solo uno de esos caminos conduce a la consumación del propósito.

Que este capítulo no sea solo leído, sino discernido. Que no quede como información, sino que provoque una determinación interior. Porque seguir las huellas de Cristo, aun bajo fuego, es el privilegio más alto y el llamado más sublime que un hijo de Dios puede abrazar.



Capítulo dos



Huellas de Sabiduría

***“Examina la senda de tus pies,
Y todos tus caminos sean rectos.”***

Proverbios 4:26

Examinar, según el diccionario, significa inquirir, investigar con cuidado, observar atentamente. No se trata solo de ver, sino de analizar el propio caminar. Esto vuelve a nuestra mente un factor de vital importancia, ya que es allí donde se procesan nuestras decisiones. Por esa razón, necesitamos alinearla a la mente de Dios. Y esto no ocurre de manera instantánea ni automática: es un proceso.

En ese proceso vamos adquiriendo conceptos a partir de la Palabra y los vamos adoptando como forma de vida, al mismo tiempo que aprendemos a desechar, o abortar, los pensamientos equivocados que hemos albergado durante años.

***“¿Quién conoció la mente del Señor?
¿Quién le instruirá?
Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.”***
1 Corintios 2:16

Alinear nuestra mente a la mente de Cristo siempre será un proceso, no el resultado de un simple deseo.

La cultura en la que fuimos criados ha marcado profundamente nuestra manera de pensar. El idioma que hablamos es un ejemplo sencillo: hablamos castellano porque nacimos y crecimos en esta parte del continente; si hubiésemos nacido en Inglaterra, hablaríamos inglés; si en Francia, francés. En mi caso, como argentino, hablo castellano.

Pero el idioma es solo una pequeña expresión de algo mucho más amplio: la cultura. La cultura no solo nos enseña a hablar; también nos enseña a pensar, a reaccionar, a interpretar la vida, a relacionarnos con la autoridad, con Dios, con el dolor y con el éxito. Muchas de esas enseñanzas han sido formativas, pero otras han sido, sin darnos cuenta, profundamente deformantes.

Todos los conceptos equivocados que hemos adoptado a lo largo de la vida, a través de experiencias, crianza, tradiciones y enseñanzas, nos colocan hoy en un determinado nivel de pensamiento respecto de Dios. Sin duda, hay muchas cosas que pensamos de manera muy distinta a como Dios piensa. Y sería saludable reconocer que a Dios no le conviene

pensar como nosotros; somos nosotros quienes recibiríamos enormes beneficios si aprendiéramos a pensar como Él.

Además, un camino verdaderamente recto solo puede ser determinado por Dios. Ningún camino diseñado por el hombre puede ser completamente recto. Solo los caminos del Altísimo son elevados, perfectos e insondables.

“Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; más altos que los cielos sobre la tierra.”

Isaías 55:9 (NVI)

Nuestra vida es el resultado de una suma constante de pequeños pasos y decisiones. Cada día, desde que despertamos, decidimos qué hacer. Muchas de esas decisiones pasan inadvertidas porque están ligadas a la rutina, pero aun así las estamos tomando continuamente: salgo o no salgo, hablo o no hablo, voy o no voy, actúo o callo.

Leí alguna vez, sin asumir responsabilidad sobre su rigor científico, que una persona promedio puede tomar alrededor de cuatro mil decisiones diarias. La mayoría de ellas no son conscientes, pero requieren tiempo y energía mental. Algunas no modifican mayormente el rumbo de la vida; otras, en cambio, son trascendentales. Sin embargo, todas suman, y esa suma produce un resultado.

Por ejemplo, una amistad no puede evaluarse por una sola acción. Nadie es buen o mal amigo por un hecho aislado.

La amistad se mide por una gestión, es decir, por la suma de las acciones en el tiempo.

Gestión es el conjunto de diligencias que se realizan para desarrollar un proceso o alcanzar un resultado. Es el modo en que se canaliza un propósito. Por eso, la gestión de vida es determinante: si gestionamos bien nuestras decisiones, el resultado será positivo; si erramos sistemáticamente, el resultado será negativo.

“Una vida no se puede evaluar por una decisión; es necesario analizar una gestión.”

Del mismo modo que no se puede juzgar un gobierno por una sola medida, sino por toda su gestión, tampoco se puede evaluar una vida por un solo error o acierto. Hay decisiones trascendentes, como con quién casarse, y otras insignificantes, como elegir qué comer, pero todas forman parte de una misma administración de vida.

Por eso es tan importante dejarnos guiar por las huellas del Maestro. Si seguimos Su gestión, no podemos equivocarnos. Aunque algunas decisiones sean más relevantes que otras, caminar conforme a Su voluntad siempre será una determinación sabia.

Usted puede imitar la vida de otros, incluso seguir caminos que parecieron exitosos, pero eso no le garantiza nada. Seguir las huellas de un hombre siempre es inseguro, a menos que ese Hombre sea Jesucristo.

*“El gran éxito en la vida es gestionar una verdad de Dios
aun en medio de la más cruda realidad.”*

Para que los sueños y las metas se cumplan, deben ocurrir procesos. La clave no es evitar la realidad, sino gestionar la verdad de Dios dentro de esa realidad, hasta caminar por ella y verla consumada.

Las grandes metas jamás fueron conquistadas sin pequeños pasos. En mayo de 1969, los astronautas del Apolo XI descendieron por primera vez en la luna. Una frase quedó grabada en la historia: “Un pequeño paso para un hombre, un gran paso para la humanidad.”

Si el hombre pudo alcanzar un objetivo tan complejo mediante pequeños pasos coordinados, cuánto más nosotros podremos alcanzar lo que parece imposible, caminando conforme a la voluntad de Dios.

“Porque nada hay imposible para Dios.”

Lucas 1:37

Cuando vemos a un médico recibido, a un empresario exitoso o a un deportista consagrado, solemos admirar el resultado final. Pero detrás de cada logro hay un proceso, una gestión, una suma de decisiones correctas sostenidas en el tiempo.

Un hombre no nace siendo hombre; nace siendo bebé. Son la formación, la disciplina, la educación y la toma

constante de decisiones las que terminan dando forma a una vida. Por eso la gestión es clave. Dios desea gobernar esa gestión. Por eso nos dejó huellas y ejemplo a través de Su Hijo.

“La justicia irá delante de Él, y sus pasos nos pondrá por camino.”

Salmo 85:13

Un paso bien dado puede ser tanto una meta alcanzada como el inicio de algo mayor. Tal vez usted esté conforme con ciertos logros, pero Dios siempre llama a más. Para eso dejó las huellas del Caminante eterno, Aquel que marca el principio y conduce hasta el final.

“Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin.”

Apocalipsis 1:8

¿Conoce usted las metas que se alcanzan caminando por las huellas de Cristo?

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.”

1 Corintios 2:9

Caminar en victoria no se logra solo con entusiasmo, sino pensando y decidiendo cada paso con sabiduría. Y la sabiduría no es intelecto ni inteligencia natural; es adquirir, por comunión con Dios, la mente de Cristo. No parece

sencillo, pero la Escritura afirma que esa mente ya nos fue otorgada.

La mente natural no puede comprender las cosas del Espíritu. La sabiduría espiritual se recibe por revelación. No se obtiene estudiando solamente, sino viviendo en comunión con el Espíritu Santo. Esa capacidad de discernir la voluntad del Padre es lo que la Biblia llama gracia.

Un cristiano que camina en revelación no es alguien que siempre descubre cosas nuevas en la Biblia, sino alguien a quien el Espíritu Santo le hace vivas las verdades eternas. No es la novedad lo que transforma, sino la impartición.

Congresos, libros y enseñanzas son valiosos, pero nunca cambiarán una vida por sí mismos. Solo la obra del Espíritu Santo puede hacerlo. La clave no es escuchar algo nuevo, sino escuchar a Dios, incluso hablándonos a través de un pasaje conocido.

“En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.”

Colosenses 2:3

Pablo nos enseña que hay riquezas en el entendimiento y tesoros en la sabiduría y el conocimiento. El conocimiento es información; el entendimiento es ordenarla correctamente; la sabiduría es aplicarla en tiempo y forma. Una persona sabia no es la más inteligente, sino la que gestiona bien la vida.

“Una persona sabia no es alguien inteligente, sino alguien que gestiona bien la vida.”

No podemos seguir las huellas de Cristo sin pensar como Él piensa. De lo contrario, erraríamos constantemente. Muchos creyentes tienen buena intención, pero se equivocan en sus pasos por no discernir la voluntad de Dios.

Así como un rastreador experto puede seguir huellas imperceptibles para otros, nosotros necesitamos desarrollar discernimiento espiritual. No por capacidad natural, sino por sensibilidad al Espíritu. Debemos aprender a preguntarnos: ¿Qué haría Cristo en esta situación? y actuar conforme a esa revelación. Solo así podremos caminar con sabiduría sobre las huellas de Cristo.



Capítulo tres



Huellas para gestionar vida

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”

Juan 10:10

Si bien este libro trata acerca de las huellas de Cristo, no podemos ignorar que toda la Escritura revela a Cristo anticipadamente en la vida de patriarcas, profetas, sacerdotes y reyes. La exposición de sus historias nos deja enseñanzas claves para nuestro presente. Tanto sus decisiones acertadas como sus errores quedan registradas como huellas claras: algunas para imitar, otras para evitar.

Por esta razón, he determinado dedicar este capítulo a hombres y mujeres de fe que marcaron precedentes. Personas que, en muchos casos, pagaron un alto precio por sus errores, pero que aun así merecieron un lugar en este “manual de vida” escrito por Dios. Asomarnos a la gestión de sus vidas no solo es válido, sino profundamente necesario.

Comencemos por Adán. Él recibió un potencial divino que ningún otro hombre, excepto Cristo, ha tenido sobre la tierra. Lo que hoy disfrutamos como Cuerpo de Cristo de manera corporativa, en dones, talentos y capacidades, Adán lo poseía de forma individual. Por eso Dios le dijo que señoreara, sojuzgara y fructificara: tenía el potencial suficiente para hacerlo.

“Adán no tenía huellas que seguir. No había libros ni una Biblia para aprender; sin embargo, Dios caminaba con él.”

Adán no ignoraba dónde no debía pisar. Dios fue claro al advertirle que el árbol del conocimiento del bien y del mal traería muerte. Aun así, decidió mal. Esa decisión afectó su gestión de vida, produjo un balance negativo y dejó consecuencias que alcanzaron a las generaciones futuras.

El conferencista internacional Myles Munroe enseñaba que una persona puede tener todo el potencial interno, del mismo modo que una semilla contiene un árbol y un bosque entero. Pero si no se cuidan las huellas por donde se pisa, ese potencial jamás se manifestará. El pecado siempre pasa factura.

Otro patriarca digno de observar es Noé. En un tiempo crítico para la humanidad, recibió instrucciones precisas de Dios para gestionar su vida y salvar a su familia. No improvisó, no diseñó alternativas; entendió y obedeció.

Recuerdo que cuando era niño, la maestra a veces nos daba “dibujo libre”, y otras veces nos entregaba un modelo que debíamos copiar. En esos casos, la calificación no dependía de la creatividad, sino de la fidelidad al modelo. Dios no le dio a Noé un diseño libre, sino uno exacto.

“En la gestión de la vida, vale más un diseño de Dios que mil inventos nuestros.”

La clave del éxito de Noé fue gestionar un arca en el tiempo correcto. No fabricó un avión ni un barco distinto; hizo un arca, y la hizo conforme a lo que Dios le indicó. Cuando Dios nos marca los pasos, no está imponiendo un yugo pesado, sino mostrándonos cómo debe ser el arca para que flote.

Hoy muchas congregaciones están construyendo diseños basados en conceptos humanos, estructuras que Dios nunca pensó para Su Iglesia. El problema no es para Dios, sino para quienes deciden abrir camino en lugar de buscar Sus huellas. Tarde o temprano, esos diseños se derrumban.

“Hoy muchas congregaciones están fabricando diseños que Dios nunca pensó para Su Iglesia.”

Aceptar o rechazar un consejo humano puede ser discutible, pero cuando es Dios quien dice “esto no se hace así”, no hay análisis posible. Solo queda obedecer. De lo contrario, el orgullo queda en evidencia.

“En la gestión de la vida, pequeños grados de orgullo pueden causar grandes problemas.”

Dios invitó a un hombre a caminar con Él diciéndole: “Sal de tu tierra y de tu parentela. Yo te mostraré el camino paso a paso”. Ese hombre fue Abraham. No recibió un mapa completo, sino una relación viva con Dios. Caminó por fe, cometió errores, pero gestionó su vida bajo los designios divinos.

Dios le dijo: *“Camina delante de mí y sé perfecto”*. Es notable: cuando Dios inicia algo nuevo, no muestra huellas previas, pero promete caminar detrás marcando los pasos, si hay obediencia. Abraham nos enseña que debemos analizar la gestión de una vida, no idealizarla. Sus aciertos y errores quedaron registrados para que hoy encontremos huellas para nuestro futuro.

No hay nada más práctico que aprender de las huellas de un porfiado. Jacob es un ejemplo extraordinario. Pasó años empeñado en imponer su propio diseño, hasta quedar solo luchando con Dios. En su historia estamos reflejados todos. Cuando observamos sus huellas, vemos un antes y un después de Peniel: antes caminaba firme, después caminaba rengo.

El motivo fue claro: peleó con Dios. Siempre quiso hacer las cosas a su manera. Pero cuando se rindió, perdió fuerza natural y ganó identidad espiritual. Jacob murió en Peniel, Israel nació allí. Lo notable es que al principio sus

huellas eran perfectas, pero su camino torcido; luego sus huellas fueron torcidas, pero su camino recto. Así opera Dios.

“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.”

1 Corintios 1:25

José, en cambio, recibió su destino por medio de un sueño, pero no recibió las huellas del proceso. Dios nunca le mostró la traición, la cisterna, la esclavitud ni la cárcel. Solo le mostró el gobierno. Y eso fue misericordia.

Es fácil recibir una postal del futuro; lo difícil es caminar el proceso. Si Dios nos mostrara todo lo que debemos atravesar, muchos renunciaríamos antes de comenzar. Aquí hemos fallado muchas veces como Iglesia, vendiendo un evangelio sin proceso, sin cruz, sin costo. Cuando llegan las primeras pruebas, muchos abandonan, creyendo que Dios los defraudó.

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

Juan 8:32

Jesús declaró esta verdad eterna, pero debe ser entendida como proceso. La verdad no es un concepto; es una Persona. Y conocer a Cristo es una experiencia progresiva, no instantánea. Somos libres de la condenación, sí. Pero nuestra libertad plena será proporcional a la verdad que vayamos conociendo y obedeciendo.

Cada revelación es una huella descubierta. Dios corre el velo y nos muestra dónde pisar mañana. No buscamos huellas del pasado, sino huellas de un eterno presente. Cristo es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Por eso podemos mirar la vida de Abraham, Isaac y Jacob para encontrar huellas que nos conduzcan a la verdad que trae libertad verdadera.

“La verdad viene a nosotros como una huella que, si decidimos obedecer, no nos permitirá equivocarnos.”



Capítulo cuatro



Más huellas

Moisés fue un hombre cuyos pasos fueron guiados por Dios mucho antes de que pudiera razonar o tomar decisiones conscientes. En el tiempo en que los bebés hebreos eran asesinados en Egipto para impedir que Israel se multiplicara, Dios puso Su mano sobre él para preservarlo con vida. Lo colocó en un moisés, de allí su nombre, y lo envió por el río con un propósito claro: que fuera criado en Egipto, en un ambiente de libertad y formación, pero educado por su propia madre para conservar sus raíces.

Sin embargo, Moisés quiso hacer su propio camino. Intentó liberar a Israel por la fuerza, mató a un egipcio y lo enterró en la arena. Aquella decisión lo llevó a huir y perderse durante años en el anonimato del desierto, cuidando ovejas hasta su vejez. Recién allí, cuando su fuerza natural ya no era una amenaza para el plan de Dios, el Señor se le apareció y lo invitó a caminar por Sus diseños. Fue entonces cuando le mostró las huellas divinas que lo conducirían a convertirse en libertador.

Moisés objetó diciendo que ya era viejo, pero a Dios nunca se le hace tarde. El Señor lo impulsó a la acción, a dejar la comodidad adquirida y a emprender un camino peligroso. Para animarlo, le mostró la unción que lo acompañaría, representada en la vara. Esa revelación lo hizo osado: desafió a Faraón y condujo al pueblo por el desierto hasta la tierra prometida.

A través de Moisés aprendemos que nuestra vida no es producto de la casualidad. No nacimos al azar ni estamos a la deriva. Dios ha programado algo extraordinario para cada uno de nosotros. El problema es que casi siempre insistimos en seguir nuestras ideas y nos cuesta aceptar que Dios tenga un plan superior.

Cuando Moisés creyó haber perdido las fuerzas y el entusiasmo, Dios se le presentó con un desafío enorme, casi imposible de aceptar. Podemos criticar su inseguridad, pero la verdad es que el hombre tenía razón en algo: no confiaba en su capacidad para cumplir la misión, y eso fue justamente lo que Dios necesitaba.

Nosotros solemos pensar que es nuestra capacidad la que nos permite alcanzar las cosas. Sin embargo, muchas veces esa misma capacidad se convierte en un estorbo para lo divino. Mientras intentemos manejar todo con nuestras fuerzas, Dios no intervendrá. Podemos lograr cosas, sí, pero serán logros humanos, sin gloria eterna.

“Dios no toca lo que no le entregamos. No obra en aquello que no le cedemos como Señor absoluto.”

Cuando Moisés aceptó caminar por el camino de Dios, el Señor le mostró la vara: la unción necesaria para cumplir su propósito. Dios nunca propone un camino sin proveer los recursos espirituales para recorrerlo.

Recuerdo el testimonio de una hermana de la congregación que pastoreábamos años atrás, una mujer de fe, perseverante y aguerrida, procesada durante años por pruebas profundas. Muchos nos preguntábamos cuánto más podría resistir. Pero cuando Dios le habló, aprendimos una lección que merece ser escuchada.

Con su autorización, comparto parte de esa palabra, porque desnuda patrones que muchas veces frenan la manifestación de Dios. El Señor le dijo: *“Eres fuerte y valiente, pero peleas como Jacob en Peniel. Yo no te pedí fortaleza, sino debilidad, porque en tu debilidad se manifiesta mi poder. En tu fortaleza solo actúan tus fuerzas... ¿Dónde está tu gran Dios cuando nunca dices ‘no puedo’? Solo pude glorificarme cuando te rendiste. Tu muerte produjo mi vida. El mismo poder que levantó a mi Hijo de entre los muertos opera en ti, pero solo se activa de la misma manera.”*

Cuando Dios habla, rompe nuestros esquemas. Nos muestra que muchas veces vamos en dirección contraria. Pensamos que esforzarnos es fe, y Dios nos llama a

rendición. Creemos que rendirnos es fracaso, y Dios lo llama obediencia.

“¿Qué profundas son las riquezas de Dios, su sabiduría y su conocimiento! Nadie puede explicar sus decisiones ni comprender sus caminos.”

Romanos 11:33 al 36

Seguir un camino desconocido puede parecer una locura, pero confiar en un Dios todopoderoso que no solo nos guía, sino que camina con nosotros, es suficiente razón para decir que sí. A eso la Biblia le llama fe.

“Confiar en Dios es estar totalmente seguro de que uno va a recibir lo que espera...”

Hebreos 11:1 y 2

Pedro es otro ejemplo profundamente humano. Su torpeza, su impulsividad y su debilidad nos permiten identificarnos con él. Pedro tenía una vida sencilla, trabajadora, sin grandes logros espirituales. Un día, Jesús llegó a la orilla y su vida cambió para siempre.

Cansado y frustrado, lavaba las redes después de no haber pescado nada. Jesús le propuso intentarlo una vez más. Pedro obedeció, y la pesca milagrosa reveló que estaba delante de alguien distinto. Cayó a los pies del Maestro, pero nunca más se apartó de Él.

Pedro caminó con Jesús, vio milagros, participó del ministerio, pero también negó al Maestro y volvió a la pesca. ¿Qué ocurrió? Perdió las huellas. Cuando se pierde la referencia, se pierde el rumbo. Pero Jesús volvió a dibujar Sus huellas en la playa y le dijo una vez más: ***“Sígueme”***.

Pedro fue restaurado, lleno del Espíritu Santo, y entonces vio con claridad. El Espíritu fue como una lupa espiritual que le permitió discernir las huellas de Cristo. Y cuando Pedro vio, otros lo siguieron. Así ocurre siempre: los que ven, guían.

El Espíritu Santo es quien nos recuerda las enseñanzas del Maestro y nos guía a toda verdad.

***“Más el Consolador, el Espíritu Santo...
Os enseñará todas las cosas.”***

Juan 14:26

Saulo, perseguidor de la Iglesia, caminaba por huellas equivocadas hasta que una luz lo derribó camino a Damasco. Allí encontró a Cristo. Desde ese día dejó de matar y comenzó a dar vida. Cambió las huellas de la letra por las huellas del Espíritu. Sufrió, fue perseguido, perdió la cabeza, pero jamás perdió la vida eterna. Porque quien encuentra las huellas de Cristo, ya no muere.

Hoy se predica poco acerca de seguir las huellas del Maestro. Se ha invertido el mensaje: se dice que Cristo nos sigue para cumplir nuestros sueños. Pero no es así. Nosotros

debemos seguirlo a Él. Seguir a Cristo no garantiza comodidad, pero sí victoria eterna. No promete ausencia de fuego, pero sí Su presencia en medio del fuego.

***“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo...
Cuando pases por el fuego, no te quemarás.”***

Isaías 43:1 al 4

Toda verdad no gestionada será solo teoría. Toda verdad mal gestionada será fracaso. Pero toda verdad gestionada correctamente producirá vida, fruto y gloria a Dios.



Capítulo cinco



Huellas falsas

“Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte.”

Proverbios 16:25

Este libro tiene un objetivo claro y una esencia definida: conducirnos a las huellas de Cristo, y a ninguna otra cosa. Sin embargo, considero no solo prudente, sino absolutamente necesario, desenmascarar a aquel a quien el mismo Cristo llamó engañador, mentiroso y padre de la mentira (**Juan 8:44**). Son sus artimañas las que intentan presentar huellas falsas, caminos que aparentan conducir a una vida mejor, pero que en realidad llevan a la muerte y a la destrucción.

En varias ocasiones he visto por televisión una serie de investigación policial llamada CSI: Crime Scene Investigation. En ella se combinan el rigor científico de la criminalística con la pericia de la policía judicial para

reconstruir escenas del crimen. Resulta apasionante observar cómo, gracias al avance de la ciencia y la tecnología, se pueden resolver delitos que décadas atrás parecían imposibles de esclarecer. Hoy es posible identificar a un asesino a partir de una huella digital, un cabello o una mínima gota de sangre que supuestamente había sido limpiada tiempo atrás.

Mientras observaba estos episodios, pensaba cuán importante sería contar, como sociedad, con equipos tan capacitados para resolver algunos casos que han quedado sin respuesta. Me llamaba la atención el profesionalismo con el que analizaban cada detalle, descartando falsas pistas y validando pruebas hasta llegar a la verdad.

De pronto llevé esta reflexión al plano espiritual y pensé: qué extraordinario sería si como Iglesia fuéramos igual de responsables y meticulosos a la hora de examinar las huellas que seguimos. Cuántas veces damos por válido un camino sin investigar si nos conduce realmente a la verdad de Dios o a la mentira del enemigo.

Entonces comprendí algo aún más profundo: nosotros ya tenemos el mejor equipamiento posible. Tenemos al Espíritu Santo habitando en nosotros y tenemos la Palabra viva de Dios como patrón absoluto de evaluación. Y, aun así, muchas veces hemos sido improvisados, inexpertos y descuidados. Hemos seguido huellas creyendo que eran de vida, cuando en realidad eran pura religión; y hemos

rechazado huellas que parecían extrañas, pero que provenían del Espíritu.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.”

Juan 16:13

La Escritura enseña que el diablo es un engañador profesional. Es lo único que sabe hacer y lo ha perfeccionado a lo largo de los siglos. Al recorrer las historias bíblicas, vemos cómo logró que muchos hombres y mujeres siguieran sus propuestas, aun cuando estaban basadas en mentiras. Y lo más grave: muchos caminaron tras esas falsas huellas.

“Pero temo que, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”

2 Corintios 11:3

El engaño de Eva no fue un hecho aislado. Fue el inicio de un efecto dominó. Eva siguió la propuesta del enemigo, luego Adán, después Caín, y así generaciones enteras comenzaron a caminar por huellas de pecado, hasta que el Señor declaró:

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal...”

Génesis 6:5 al 7

Es impresionante el poder que tienen las huellas falsas. Pueden arrastrar generaciones enteras hacia un camino que parece correcto, pero cuyo final es muerte. Las huellas conductoras tienen poder, tanto para llevar a la vida como para conducir a la destrucción.

Cuántos dolores se habrían evitado si la humanidad hubiera aprendido a detectar a tiempo las huellas falsas del enemigo y a discernir, por revelación, las huellas verdaderas de Dios. Antes de que Cristo viniera en carne, esas huellas ya estaban contenidas en la Palabra que salía de la boca del Padre. Quien aprende a oír y a creer, aunque no vea con sus ojos, puede encontrar el camino correcto, porque Cristo es la Palabra viva.

Al analizar el accionar del enemigo, comprendemos que muchos de sus engaños han prosperado por nuestra falta de discernimiento. Así como en una investigación criminal cada detalle cuenta, en la vida espiritual nada es insignificante. Hemos caminado de manera liviana, improvisando decisiones, olvidando que Dios ya preparó el camino por donde debemos andar.

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Efesios 2:10

Por la naturaleza de mi ministerio he viajado mucho. Cuando conduzco mi propio vehículo, presto atención al

camino, a las señales y al tránsito. Pero cuando viajo como pasajero, simplemente me dejo llevar, confiando en que alguien más me conducirá al destino correcto.

En la vida espiritual no podemos vivir como pasajeros. Cuando somos niños, otros nos guían; pero la madurez implica responsabilidad. Sería fatal entregar nuestra vida a cualquiera que diga saber el camino. No podemos permitirnos caminar sin discernir hacia dónde vamos.

Necesitamos crecer en madurez espiritual, actuar con responsabilidad y desarrollar discernimiento. Una pequeña decisión puede convertirse mañana en una gran derrota, si está basada en una huella falsa sembrada por el enemigo.

“Y fue lanzado fuera el gran dragón...

El cual engaña al mundo entero.”

Apocalipsis 12:9

Satanás ha usado innumerables disfraces: serpiente, faraón, Dalila, Goliat, Jezabel, fariseos piadosos, Judas el amigo, y finalmente el dragón del tiempo final. Cambia de forma, pero no de naturaleza. Siempre deja huellas engañosas.

Pero creo firmemente que en este tiempo Dios está levantando una generación de creyentes maduros, expertos en discernir el bien y el mal, hombres y mujeres que sean meticulosos en sus decisiones, conscientes de que los tiempos son peligrosos. Una generación que sabrá detectar

cuándo una huella conduce a la muerte y cuándo es la huella de Cristo que lleva a la vida.

“Para esto fueron llamados, porque Cristo padeció por ustedes, dejándoles ejemplo para que sigan sus pisadas.”

1 Pedro 2:21



Capítulo seis



Huellas verdaderas

Este capítulo no estaba originalmente en mis planes. En un principio pretendía ser apenas un comentario, pero a medida que fui avanzando, comprendí su importancia y decidí desarrollarlo como un capítulo completo. Y creo sinceramente que valió la pena, porque lo que aquí vamos a tratar es clave para la efectividad de todo lo que estamos aprendiendo. Le ruego que preste especial atención.

Una vez me ocurrió que, estando en una ciudad grande y completamente desconocida para mí, pregunté cómo llegar a una calle de la cual solo conocía el nombre. Me acerqué a un joven que estaba parado en una esquina y, con amabilidad, me indicó el camino. Lo seguí tal como me lo explicó, confiando plenamente en su indicación. Sin embargo, después de varios minutos de viaje, descubrí que me encontraba en el extremo opuesto de la ciudad.

Tal vez a usted le haya pasado algo similar. Yo confié sin cuestionar, sin considerar la posibilidad de que aquella persona no supiera lo que decía o, incluso, que me estuviera

engañando por diversión. Desde ese día, cuando debo orientarme en un lugar que no conozco, procuro preguntar a un agente de seguridad o a una persona mayor que esté trabajando allí, porque sé que es más probable que me guíen correctamente.

“Cuando se trata de ser conducidos en la vida, hay que tener mucho cuidado de no escuchar a cualquiera.”

Cuando aceptamos una dirección, estamos otorgando un rango de autoridad. Confiar en una indicación es reconocer que quien habla tiene autoridad para guiarnos, al menos hasta el destino que procuramos. Por eso es tan importante discernir a quién estamos escuchando.

Si usted se siente mal y la tía Francisca le receta un medicamento escrito en un papel arrugado, sería irresponsable ir a la farmacia y comprarlo. Ella puede aconsejar, pero no tiene autoridad para recetar. En cambio, cuando visitamos a un médico, reconocemos que esa placa en la puerta representa un rango de autoridad para examinarnos y prescribir lo que nos hará bien. Pero ese mismo médico no tiene autoridad para arreglar nuestro automóvil; para eso vamos al mecánico. En la vida espiritual ocurre exactamente lo mismo.

Cuando se trata de dirección para nuestra vida, solo uno tiene el rango de Maestro y Conductor absoluto: Jesucristo. Los demás, en algunos casos, podemos ser instrumentos que Él usa para transmitir Su voluntad, pero

jamás la nuestra. No fuimos llamados a gobernar personas, ni a controlar o manipular vidas, sino a ser canales sensibles al Espíritu Santo.

Ahora puede entender por qué este capítulo es tan importante. Conozco muchas personas que, con buena intención, han entregado la conducción de sus vidas a espíritus de religiosidad y mentira. Han sido víctimas de manipulación y control, convencidas de que estaban sirviendo a Dios, cuando en realidad no estaban siguiendo Sus huellas, sino dando autoridad absoluta a personas equivocadas.

“Tenga cuidado de permitir que cualquiera guíe sus pasos de vida. Procure escuchar al Espíritu Santo, nuestro único conductor fiel.”

El Espíritu Santo es el único guía infalible. Él nos conduce a las huellas verdaderas de Cristo. Los hombres solo podemos interpretar, con temor y responsabilidad, lo que el Espíritu dice a la Iglesia. Nunca fuimos establecidos como guías absolutos.

Las vidas de Noé, Abraham, Jacob, José, Moisés, Elías, Pedro y muchos otros no están en la Biblia para que hagamos doctrina de sus decisiones, sino para aprender tanto de sus aciertos como de sus errores. Ninguno fue perfecto. El único perfecto es Jesucristo. Hoy no existen ministros perfectos: existen hombres imperfectos que procuran morir a su yo y vivir en comunión con el Espíritu Santo.

Por favor, no otorgue autoridad absoluta a ningún hombre. Si un ministro le inspira confianza, escuche, aprenda y reciba, pero nunca le entregue el gobierno de su vida. Su función es transmitir la voluntad de Dios, no reemplazarla.

Ahora bien, cuando Dios le habla por medio de alguien, no haga oídos sordos. Reciba y obedezca, porque el Señor sigue siendo el Señor.

“Examinadlo todo; retened lo bueno.”

1 Tesalonicenses 5:21

Debo decir algo con claridad pastoral: muchas congregaciones operan bajo principios que la Biblia identifica como hechicería, entendida no como pactos con tinieblas, sino como manipulación, intimidación y control espiritual.

No hablo necesariamente de personas malintencionadas, sino de ministros que, por descuidar su comunión con el Espíritu Santo, comenzaron a servir a Dios desde estrategias humanas y carnales. El cansancio, la frustración y el dolor de trabajar con personas pueden empujar a un ministro a operar en la carne.

Trabajar con personas no es como trabajar con madera o hierro. Las personas cambian, se mueven, deciden, se van. Esa incertidumbre produce una carga espiritual enorme. Cuando un ministro descuida la comunión con Dios —aun

por estar “ocupado en la obra”, comienza a trabajar en sus propias fuerzas.

“Cuando un ministro trabaja carnalmente, corre el riesgo de darle lugar a la hechicería en la Iglesia.”

He sido testigo de expresiones graves de abuso espiritual. Recuerdo una reunión en la que el pastor amenazó a la congregación con palabras violentas y maldiciones públicas. No lo hacía con intención maligna; lo hacía desde la carne. Pero eso no lo hace menos dañino.

La Iglesia debe aprender a discernir. Nunca debemos rebelarnos contra la autoridad, pero sí debemos rechazar la manipulación y la maldición humana. Seguir las huellas de un hombre puede llevarnos muy lejos del Señor.

Tampoco se haga independiente. Dios estableció la autoridad espiritual y todos necesitamos estar bajo cobertura. Busque un lugar donde el gobierno sea ejercido desde el Espíritu, ore por sus pastores y permanezca fiel.

“No busque la Iglesia perfecta, porque humanamente no existe. Sin embargo, si logra verla espiritualmente la encontrará.”

Cuando encuentre un lugar sano, establézcase allí. Honre a sus líderes, trabaje para el Señor, pero nunca olvide a quién está siguiendo. Los ministros no somos las huellas; somos señalizadores de las huellas de Cristo.

Nuestra tarea es ayudar a otros a verlas, discernirlas y caminar por ellas, sin claudicar.

“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes ir; te aconsejaré con mis ojos puestos sobre ti.”

Salmo 32:8

Capítulo siete



Huellas de Libertad

***Jesús les dijo a los judíos que habían creído en Él:
“Si ustedes obedecen mis enseñanzas, serán
verdaderamente mis discípulos; y conocerán la verdad, y
la verdad los hará libres”.***

Juan 8:31 y 32

Cuando seguimos las huellas del Maestro y lo reconocemos verdaderamente como tal, Él nos conduce de manera inevitable hacia la libertad. Seguir sus huellas no siempre será fácil, Él nunca dijo que lo sería, pero sí puedo afirmar con absoluta certeza que seguirlo es un desafío maravilloso y profundamente liberador.

Si caminamos con Cristo y todavía existen áreas de esclavitud en nuestra vida, es porque aún no hemos tomado plena conciencia de nuestra condición, o porque no hemos determinado pisar exactamente donde Él nos indica. Una persona que se deja guiar paso a paso por Cristo y no se

detiene en el camino de la vida, es imposible que no experimente cada día un mayor grado de libertad que el anterior.

Seguramente usted estará recordando una enseñanza muy común en la Iglesia: que ya somos libres en Cristo. Y eso es absolutamente cierto. Sin embargo, debemos comprender un principio sencillo pero fundamental: la verdad es verdad aun antes de ser revelada. Podemos ser herederos de una gran fortuna, pero si no conocemos la herencia ni nuestros derechos, es muy probable que vivamos como pobres siendo ricos.

De la misma manera, la verdad ya es verdad, pero el conocimiento revelado de esa verdad es lo que nos libera. Por eso existen muchos cristianos genuinos que caminan con Cristo, pero que todavía manifiestan áreas de esclavitud en sus vidas. No debemos desesperarnos por eso; en la mayoría de los casos, es solo una cuestión de tiempo, crecimiento y revelación.

El apóstol Pablo escribe a los Gálatas con una claridad asombrosa. Observe esta versión en lenguaje sencillo: ***“Mientras el hijo es menor de edad, es igual a cualquier esclavo de la familia y depende de las personas que lo cuidan y le enseñan, hasta el día en que su padre le entrega sus propiedades y lo hace dueño de todo. Algo así pasaba con nosotros cuando todavía no conocíamos a Cristo... Pero cuando llegó el día señalado por Dios, Él envió a su Hijo... para liberarnos y adoptarnos como hijos... Ahora***

ustedes ya no son esclavos, sino hijos, y como hijos, herederos.” (Gálatas 4, versión adaptada)

En este pasaje, Pablo confronta con amor, pero con firmeza, a los Gálatas por haber vuelto a vivir bajo esclavitudes que no les correspondían. Les recuerda su identidad, su herencia y su posición como hijos, y al mismo tiempo los exhorta por una condición espiritual deplorable que no debía persistir.

Lo mismo ocurre hoy. Podemos encontrar creyentes piadosos, sinceros y comprometidos, que aman a Cristo, pero que todavía padecen esclavitud en ciertas áreas de su vida. El desafío no es negar esa realidad, sino dar pasos constantes de fe y obediencia a la verdad revelada, hasta alcanzar la plenitud de vida que Dios ha diseñado para nosotros.

En muchos casos, las áreas de esclavitud están directamente relacionadas con nuestro entorno: relaciones familiares, vínculos afectivos, amistades, compañeros de trabajo e incluso relaciones dentro de la misma comunidad de fe. Por eso el Señor nos conduce, tarde o temprano, a destrabar conflictos interpersonales. Y para ello, nos llama a obedecer uno de los mandamientos más desafiantes del Reino: el perdón.

“Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.”

Santiago 3:2

Cuando Santiago afirma que todos ofendemos, establece un principio ineludible: ofendemos y somos ofendidos. Es parte de la fragilidad humana. Por eso necesitamos comprender nuestras propias debilidades y aprender a interpretar espiritualmente las faltas de los demás.

Debemos extremar el cuidado de nuestras actitudes y permitir que el Espíritu Santo nos examine. Si descubrimos que hemos ofendido a alguien, no basta con un arrepentimiento interno: debemos corregir, pedir perdón y enmendar. Ese proceso nos libera, no solo de la culpa, sino de nosotros mismos.

Pero cuando somos nosotros los ofendidos, el llamado es aún más desafiante: perdonar, incluso cuando nadie nos pide perdón. Aquí surge la pregunta inevitable: ¿por qué debemos perdonar si no fuimos culpables?

La respuesta es profunda y reveladora: porque Dios es perdonador. Esa es Su naturaleza. Él no se adapta a nuestra carne; somos nosotros los que debemos ser transformados a Su imagen, porque hemos recibido Su naturaleza en Cristo.

La Escritura nos da fundamentos claros:

Somos nuevas criaturas

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es...”

2 Corintios 5:17

Cristo vive en nosotros

“Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí...”

Gálatas 2:20

Tenemos la mente de Cristo

“Más nosotros tenemos la mente de Cristo.”

1 Corintios 2:16

Dios es perdonador por naturaleza

“De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado.”

Daniel 9:9

Nos perdonó absolutamente todo

“Él es quien perdona todas tus iniquidades...”

Misericordioso y clemente es Jehová...

Cuanto está lejos el oriente del occidente,

Hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones...”

Salmo 103:3, 8,12

Su perdón es permanente

“Si confesamos nuestros pecados,

él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados,

y limpiarnos de toda maldad.”

1 Juan 1:9

Hoy debemos comprender que el mensaje del perdón es central en la vida cristiana. Ignorarlo o desobedecerlo nos impide avanzar espiritualmente, debilita nuestra comunión con el Padre y frena la manifestación de Su favor en nuestras vidas.

Jesús lo dejó absolutamente claro:

“Cuando estéis orando, perdonad... porque si no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará.”

Marcos 11:24 al 26

El perdón no es una opción para el creyente maduro; es un camino inevitable hacia la libertad.

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores... Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.”

Mateo 6:11 al 15

“¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial

hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.”

Mateo 18:33 al 35

Muchos creyentes conocen las Escrituras y son plenamente conscientes de la importancia del perdón. Sin embargo, no todos saben cómo aplicar las verdades bíblicas a su vida diaria. Como consecuencia, viven limitados, afectados y, en algunos casos, prácticamente anulados espiritualmente, cuando en realidad tienen todo lo necesario para vivir en libertad.

La primera clave para aplicar los mandatos del perdón es reconocer una verdad fundamental: “Perdonar es posible”. No porque tengamos esa capacidad en nuestra naturaleza humana, porque no la tenemos, sino porque el perdón que Dios nos demanda es sobrenatural. Es un perdón que va más allá de lo humano, que deja perplejos a quienes conocen nuestro pasado, nuestras heridas y nuestras pérdidas, y aun así nos ven perdonar.

“Porque nada hay imposible para Dios.”

Lucas 1:37

La segunda clave es comprender que nuestra incapacidad no nos deja desamparados. Dios nos ha capacitado plenamente a través de la obra de Cristo en la cruz y de la presencia activa del Espíritu Santo en nuestras vidas.

“El que me ama, mi palabra guardará... y vendremos a él, y haremos morada con él... Más el Consolador, el Espíritu Santo... Él os enseñará todas las cosas.”

Juan 14:23 – 26

“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”

Filipenses 2:13

“Y el Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él.”

Hebreos 13:20 y 21

La tercera clave es entender el motivo profundo por el cual Dios nos pide algo, nos capacita para hacerlo y lo hace en nosotros: Su amor eterno.

“Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.”

Jeremías 31:3

“Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender.”

Salmo 139:4 – 6

La cuarta clave es recibir sabiduría y revelación espiritual para comprender que no es con nuestras fuerzas, sino con Su Espíritu; no es por nuestras obras, sino por la

obra consumada de Cristo; no es por merecimiento, sino por gracia, y que esa gracia opera únicamente por la fe.

“El Padre de gloria os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él...”

Efesios 1:17 – 19

“Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús.”

2 Timoteo 2:1

Una vez que comprendemos la naturaleza perdonadora de Dios, nuestra nueva identidad en Cristo y el poder sobrenatural que Él ha puesto a nuestra disposición, el siguiente paso es someter nuestra mente a esta verdad.

“Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:5

¿Misericordia o juicio?

Jesús tomó sobre Sí mismo en la cruz todo lo que nosotros merecíamos. Cuando decimos: “odio a quien me traicionó”, “odio al que me estafó”, “odio a quien me humilló”, en realidad estamos clamando por justicia desde el dolor.

Pero cuando exigimos justicia, retrocedemos a un sistema legal que también tiene autoridad para exigir justicia

por nuestros propios pecados. Es como volver a entregar la llave de nuestra vida al enemigo. La única salida segura es clamar por misericordia y permitir que la misericordia triunfe sobre el juicio:

“La misericordia triunfa sobre el juicio.”

Santiago 2:13

Jesús lo ilustró magistralmente en la parábola del siervo perdonado (**Mateo 18**). Un hombre fue liberado de una deuda impagable, pero al no extender la misma misericordia a su consiervo, perdió todo lo que había recibido. Pasó de perdonado a prisionero. El remate de Jesús es estremecedor:

“Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón.”

Mateo 18:35

La libertad se conserva perdonando. Todos pecamos y merecíamos condenación eterna:

“Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.”

Romanos 3:23

Pero Dios, siendo justo, no anuló la justicia: la cumplió en Cristo.

“Cristo murió por nosotros.”

Romanos 5:8 – 9

Si Dios nos perdonó absolutamente todo, ¿cómo no habremos nosotros de perdonar lo que, comparado con nuestra deuda eterna, siempre será menor? Si no perdonamos, volvemos a ser deudores. Volvemos a las ataduras. Y Dios no nos trajo hasta aquí para retroceder.

“Estad firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres.”

Gálatas 5:1

La gente hiere a la gente. Padres, hijos, líderes, hermanos. Todos fallamos. Pero mientras no perdonamos, seguimos atados a patrones de dolor, rechazo y frustración. Dejemos las injusticias al pie de la cruz. Allí la gracia y la misericordia de Jesús pueden fluir plenamente.

“Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados.”

1 Pedro 4:8

El Reino de Dios no consiste en obedecer reglas y normas religiosas, sino en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (**Romanos 14:17**). Este gozo no es superficial ni circunstancial: es una consecuencia directa de vivir y permanecer en el lugar de la misericordia.

“Hay un lugar de reposo cerca del corazón de Dios. Hay un lugar bajo la sombra del Omnipotente. Hay un lugar en la cruz de Cristo donde la misericordia triunfa sobre el juicio y uno puede entrar en la gloriosa libertad de los hijos

de Dios. Es el lugar de la gracia y la misericordia.” John Arnott

Nadie tiene derecho a obligar a nadie a perdonar, ni siquiera en nombre del cristianismo. Dios nos dio libre albedrío, y cada uno puede elegir no perdonar. Pero esa elección trae consecuencias. Tenemos derecho a la misericordia de Dios, pero si reclamamos justicia para otros, también recibiremos la justicia que merecemos.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

Mateo 5:7

Tres versículos sobre el perdón (**Mateo 18**)

En el capítulo 18 del Evangelio de Mateo hay tres versículos muy conocidos que con frecuencia utilizamos fuera de contexto. No digo que no puedan aplicarse a otras situaciones, pero es fundamental recordar el contexto original en el que Jesús los pronunció: el perdón.

Si leemos todo el capítulo con atención veremos que Jesús no cambia de tema en ningún momento:

Versículos 1–5: quién es el mayor.

Versículos 6–9: las ocasiones de caer.

Versículos 10–14: la oveja perdida.

Versículos 15–35: el perdón.

En ese mismo contexto, Jesús dice:

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo.”

Mateo 18:18

Este pasaje se utiliza muchas veces para hablar de autoridad espiritual, y es correcto. Pero Jesús estaba enseñando que la falta de perdón ata y el perdón desata, tanto en la tierra como en el cielo. ¿Puede imaginar cuántas personas permanecen atadas, o mantienen atados a otros, simplemente por no perdonar?

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.”

Mateo 18:19

Este versículo también es poderoso, pero nuevamente, Jesús sigue hablando del perdón. El acuerdo espiritual se ve afectado cuando hay falta de perdón.

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”

Mateo 18:20

Incluso la manifestación de la presencia del Señor está vinculada, en este contexto, a un corazón libre de ofensas. ¿Comprendemos ahora uno de los posibles motivos de la ausencia de la presencia divina en muchos ámbitos?

Un llamado a la libertad interior:

La Palabra de Dios es clara. Si permitimos que la espada de dos filos penetre y derribe fortalezas en nuestra mente, estaremos dispuestos a perdonar para alcanzar libertad, libertar a otros y agradecer al Señor.

“Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas.”

2 Corintios 10:4 – 5

Hermano, diríjase ahora en oración a nuestro Padre celestial. Acérquese confiadamente a Su trono de gracia, amor y misericordia para extender perdón sobre todos aquellos que lo han ofendido, engañado, criticado, golpeado o abusado.

Entiendo que para quienes han vivido situaciones traumáticas este desafío puede parecer enorme. Muchos han enterrado recuerdos dolorosos creyendo que así los olvidaron, pero la verdad es que siguen operando como ataduras invisibles. Cristo quiere guiarlo un paso más hacia la libertad.

Lo glorioso de todo esto es que Él comprende. Fue traicionado, abandonado, humillado, torturado y crucificado, y aun así perdonó.

“Fue despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en aflicción.”

Isaías 53:3

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”

Lucas 23:34

Entregar el corazón:

Hay creyentes que sinceramente sienten no tener nada que perdonar. Eso es bueno. Pero aun así, todos debemos aprender a hacer algo de manera permanente: entregar el corazón a Dios.

No hablo de la entrega inicial cuando aceptamos a Cristo, sino de la entrega diaria, honesta y sin reservas. Poner el corazón en Sus manos para que Él lo examine, lo limpie y lo forme como barro en manos del alfarero.

“Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos.”

Proverbios 23:26

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas... Yo Jehová, que escudriño la mente y pruebo el corazón.”

Jeremías 17:9 – 10

Luego de orar, tome papel y lápiz, haga silencio y escuche al Espíritu Santo. Él traerá a su mente nombres y recuerdos. No deseche nada. Anótelos todo, aun aquello que crea superado.

Amigos, familiares, maestros, líderes, padres, hermanos. Guarde esa lista. Siga anotando durante días si es necesario.

Cuando ore, extienda perdón sin límites, así como Cristo lo hizo con usted. Aunque al principio no lo sienta, obedezca por fe. El Señor honrará esa decisión.

Una oración guía:

Puede usted tomar como ejemplo esta oración adaptándola a su necesidad:

“Amado Padre que estás en los cielos, te adoro y me inclino a ti con un renovado sentido de gratitud por tu provisión completa en Jesús...”

Es tan poderosamente estimulante ser recordado por tu Palabra que mis pecados están completamente pagados; mi quebrantado pasado, completamente perdonado, mi lista de fracasos, completamente destruida; todas mis transgresiones y desobediencias, olvidadas...

Es tan hermoso el saber que has escogido misericordia en vez de juicio para conmigo, que yo hoy quiero extender el regalo del perdón sobre aquellos que me han lastimado aunque no lo merezcan...

Quiero derrotar al enemigo y quitarle sus derechos legales, levantándome con el estandarte de la sangre de Jesús sobre mí y sobre toda circunstancia vivida.

Padre, elijo perdonar a los que han pecado contra mí y me han herido tan profundamente...

(Comience a nombrar a las personas de su lista y aun a especificar circunstancias si lo considera necesario)

Los perdono incondicionalmente, entendiendo que todas las cosas me están ayudando para bien...

Escudriñame, oh Dios, y conoce mi corazón, pruébame y conoce mis inquietudes, y ve si hay en mi camino malo y guíame en el camino eterno, y así como tú me has perdonado me perdono a mí mismo por mis fracasos y errores. Lo suelto todo...

Oro para que rompas cualquier otro yugo que no sea el tuyo; quiero ser tu discípulo, tu siervo y tu amigo. Permite que la unción de tu Espíritu Santo rompa cualquier atadura y libere mi espíritu para servir a tu propósito y adorar tu santo nombre...

Señor, rompo todas las cuentas por cobrar y las echo al pie de la cruz. Tu gracia es suficiente para mí. Lo que yo suelto hoy en la Tierra será desatado en el cielo, y yo lo suelto todo en tus poderosas manos. Te pido ahora Señor, te muevas poderosamente en mi vida. En el nombre de Jesús. Amén...

Si usted hizo esta oración con el corazón rendido al Rey de Gloria, ha dado un paso decisivo hacia la libertad. Ha

cancelado derechos del enemigo y ha seguido las huellas que Cristo dejó para nuestra sanidad y restauración.

Recuerde esto:

Cuando Dios nos perdonó a nosotros, automáticamente nos honró con su amistad (**Juan 15:15**); nos puso anillo nuevo, calzado y vestido nuevo. Nos hizo sus hijos (**Juan 1:12**); nos hizo sal de la tierra (**Mateo 5:13**); nos hizo luz para el mundo (**Mateo 5:14**); nos hizo templo de su Espíritu (**1 Corintios 6:19**); nos hizo un espíritu con él (**1 Corintios 6:17**); miembros del cuerpo de Cristo (**Efesios 5:30**); ministros de la reconciliación (**2 Corintios 5:18**); santos (**Filipenses 1:1**); piedras vivas (**1 Pedro 2:5**); reyes y sacerdotes (**Apocalipsis 1:6**); e innumerables privilegios tan innmerecidos como el mismo perdón.

Él no nos dijo y no nos dice en nuestros errores diarios: *“Está bien hijo, te perdono pero de ahora en adelante vos en tu casa y yo en la mía”...* No haga eso a quienes ha perdonado y si lo ha hecho así, vuelva a perdonar a la manera de Dios. A su tiempo, procure hablar con aquellos que ha perdonado, recuerde que ellos no pueden venir a usted, así que si tiene que ir a ellos, hágalo, hónrelos, hágale un regalo, invítelos a cenar o algo por el estilo, demuéstreles y demuéstrese que ha perdonado de verdad. No se guíe por sensaciones del alma, solo avance en la verdad y podrá consolidar el perdón soltado por la fe, hasta que sea una realidad plena.

No espere sentir todo antes de obedecer. Haga lo correcto por fe, y verá cómo la obediencia produce verdad, libertad y gozo. Entonces podrá decir, con convicción, que ha dado un paso más sobre las huellas de Cristo.

La libertad no es un concepto teológico ni una consigna espiritual que se repite desde un púlpito. La libertad es una experiencia progresiva que se vive cuando decidimos caminar exactamente por donde Cristo caminó. Sus huellas no conducen al orgullo, ni al juicio, ni a la auto-justificación; conducen siempre a la cruz, y desde allí, a la resurrección.

Muchos desean ser libres, pero pocos están dispuestos a transitar el camino que conduce a la libertad. Porque la libertad exige renunciaciones, exige soltar derechos, exige abandonar el deseo de tener la razón para abrazar la gracia. La libertad comienza cuando dejamos de exigir justicia para otros y aceptamos vivir bajo la misericordia que nos fue dada.

Cristo no nos liberó para que volviéramos a cargar cadenas invisibles. No nos perdonó para que viviéramos atados al pasado. No nos llamó para que camináramos mirando hacia atrás, sino para que avanzáramos con los ojos puestos en Él. Cada vez que perdonamos, una huella falsa pierde poder. Cada vez que soltamos, una atadura se rompe. Cada vez que obedecemos, el Reino se manifiesta.

Seguir las huellas de Cristo es elegir, una y otra vez, el camino más alto. Es optar por la verdad cuando la mentira parece más cómoda. Es elegir la misericordia cuando el juicio

parece más justo. Es permitir que el Espíritu Santo nos guíe a lugares donde el alma no iría por voluntad propia, pero donde el espíritu es sanado y fortalecido.

Hoy el Señor sigue diciendo: *“Sígueme”*. No “admírame”, no “opíname”, no “defiéndeme”. Solo *“Sígueme”*.

Y seguirlo implica caminar hacia la libertad plena, esa libertad que no depende de circunstancias externas, sino de un corazón rendido. Esa libertad que no se proclama con palabras, sino que se evidencia en la paz, en el gozo y en la capacidad de amar aun cuando duele.

Que este capítulo no sea solo una enseñanza leída, sino una huella pisada. Que no quede como un concepto entendido, sino como una decisión tomada. Y que cada paso que des de aquí en adelante sea un paso más sobre las huellas de Cristo, porque allí, y solo allí, la verdad libera, el perdón sana, y la libertad se vuelve vida.



Capítulo ocho



Huellas de Señor y Rey

“Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.”

Jeremías 10:23

Cuando de seguir las huellas del maestro se trata, estamos procurando caminar en la dirección que Él nos proponga, esa es la idea de ir tras sus huellas. Jesucristo se autodefinió como el camino, la verdad y la vida, por lo tanto si queremos una vida de éxito, debemos caminar hacia una verdad y la única manera de hacerlo es a través del camino correcto y ese camino se llama Jesucristo.

“No todos están dispuestos a seguir las huellas de Cristo, porque saben que en algún momento los conducirá hacia una cruz...”

Decir que: “Queremos hacer Su voluntad”, suena fácil y espontáneo, es más, creo que lo decimos tan a menudo, que

esa frase ha perdido el sentido contundente que debe tener. Por un lado asumimos que el camino que Él nos propone es lindo, pero por el otro, sabemos muy bien que nos habló de tomar una cruz para seguirle y no todos están dispuestos a eso.

Dios no está pensando en la dimensión que pensamos nosotros, Él no está preocupado por nuestra casa, nuestra economía, nuestro trabajo, nuestro matrimonio o por nuestros hijos, Él está ocupado en transformar nuestro corazón en el proceso de vida que sea necesario para concretar destino y para que a través de ello podamos darle Gloria a Su nombre.

Entonces Dios nos conduce por el camino que nos conviene y no por donde más nos gusta, tal vez nosotros escapamos de las crisis y el desierto, pero Él las tiene programadas para nosotros, nunca sus hijos serán aprobados, si primero no son probados, si es necesario por el fuego.

“Por eso, alégrense, aunque sea necesario que por algún tiempo tengan muchos problemas y dificultades. Porque la confianza que ustedes tienen en Dios es como el oro: así como la calidad del oro se prueba con fuego, la confianza que ustedes tienen en Dios se prueba por medio de los problemas. Si ustedes pasan la prueba, su confianza será más valiosa que el oro, pues el oro se puede destruir. Así, cuando Jesucristo aparezca, hablará bien de la confianza que ustedes tienen en Dios, porque una confianza que se ha probado tanto merece ser muy alabada.”

1 Pedro 1:6 y 7

El mayor problema que vivimos los cristianos hoy, es querer ordenar nuestros pasos con aquellas ideas que nos parecen brillantes ideas de éxito, fundamentalmente porque nos libran de las pruebas, pero son totalmente personales y Dios tiene otros planes. Para colmo de nuestras soberbias, le pedimos a Dios que bendiga nuestras ideas, nuestros pasos, nuestras elecciones y nuestros caminos ignorando completamente los que Él ha determinado.

Le invito a recrear una historia imaginaria, pero que puede darnos un ejemplo y dejarnos una enseñanza. Imagine usted a un matrimonio cristiano, supongamos que sus nombres son Marcelo Bustamante y su señora Susana, imagine que ellos tienen tres hijos y son una familia cristiana desde hace cinco años.

Imagine que él, durante veintitrés años, trabajó como inspector de colectivos de una línea urbana en el gran Buenos Aires. Imagine que hace apenas un año y medio, lo despidieron junto a muchos otros obreros de la línea. Ahora, imagine que Marcelo lo tomó con calma, porque sabía del poder y la protección que Dios le otorga a sus hijos y su confianza en ese Dios, aún estaba intacta.

Imagine que junto al inesperado despido también le cayó la incertidumbre, pero hablando con su esposa y el pastor, lo consideraron como una oportunidad de cambio que Dios les propuso, pues recibieron una indemnización bastante importante teniendo en cuenta los años de servicio, sus tres hijos y su situación familiar.

*“La bendición de Dios no son cosas,
Es una naturaleza que produce frutos
Cuando hacemos Su voluntad...”*

Ellos estaban contentos y hasta agradecieron a Dios en la Iglesia, porque sabían que muchos otros despedidos en igual condición no habían recibido nada a cambio de sus años de servicio. En su alegría, diezmaron seguros de un Dios cumplidor. Hicieron proyectos, arreglaron la casa, viajaron a Tucumán para visitar sus familiares y hablaron de inversión.

Susana tuvo una idea genial, como la del cuarenta por ciento de los desocupados en Argentina, quiso comprar un auto nuevo para ponerlo a trabajar como un taxi. A Marcelo no le gustó mucho esa idea y le propuso una mucho mejor, fue la que se le ocurre al treinta por ciento de los desocupados en Argentina que también han recibido alguna indemnización: La de poner un poli rubro con sabor a mini empresa familiar.

Con todas esas ideas en sus cabezas se olvidaron de aquel a quien le decían Señor todos los días, y no le dieron la oportunidad de opinar ni dirigir el rumbo que las inversiones familiares debían tomar. Este es el gran error del noventa por ciento de los cristianos de hoy, que ignoran que si Dios no es Señor de uno de nuestros pasos, no es Señor de ninguno.

Luego de algunas averiguaciones sobre el ramo del que no tenían noción alguna, determinaron el poli rubro. Alquilieron un pequeño salón en plena avenida, pintaron

prolijamente las paredes, compraron mercadería, hicieron un cartel y le pusieron “El victorioso”. Por supuesto todo lo hicieron muy contentos, incluso los hermanos de la congregación a la que asistían, los alentaron constantemente con palabras de fe.

Los hermanos ayudaron, los ancianos oraron ungiendo el lugar con aceite y el pastor dio un pequeño discurso inaugurando el local. Pero en realidad, como si no se hubiesen dado cuenta, al Señor en ningún momento le preguntaron absolutamente nada. Solo le pidieron la bendición sobre el proyecto de ellos, la idea de ellos, el emprendimiento de ellos, los deseos de ellos, y los sueños de ellos. Obviamente el Padre de amor, no se negaría a bendecir a sus hijos. Pero: ¿Qué hay de su voluntad?

Marcelo se paró en la Iglesia un domingo, porque quiso agradecer a Dios, que en todo momento, había puesto su mano de bendición, permitiéndole abrir el ya popular poli rubro “El victorioso” y reconoció que este proyecto sería quizás el trampolín para el llamado misionero que creían tener.

Un par de años atrás, ellos habían sentido un fuerte llamado a las misiones y aún la visita de un renombrado profeta les había confirmado ese sentir con una poderosa palabra, ellos estaban seguros y también dispuestos a entregar sus vidas a “la voluntad de Dios”. Todos lo aplaudieron y les desearon lo mejor.

“Dios es Señor y Rey. Él gobierna y jamás será gobernado por nada ni por nadie...”

Pasaron unos siete meses y la familia Bustamante no aparecía todos los cultos como antes solían hacerlo y sus caras no lucían muy felices, tampoco se ocupaban de ningún área de servicio como lo estaban haciendo una tiempo atrás, Marcelo tenía una célula para hombres y Susana una de damas, a la par que entregaba varias horas semanales a la limpieza del templo y a colaborar esporádicamente en las clases de la escuelita dominical. Ellos ya no hablaban con entusiasmo sobre su emprendimiento y pronto dejaron de asistir.

Algunos hermanos se preocuparon por ellos y en primera instancia, pensaron que estaban con mucho trabajo y sabían que ese tipo de negocios implica muchas horas de trabajo, pero al visitarlos en el local, se fueron dando cuenta que en realidad, el problema era la falta de ventas.

El pastor que había atendido todo el proceso de cambio, los visitó un medio día a la hora del almuerzo para poder encontrarlos en su casa, lo recibieron agradecidos, pero no felices. Marcelo sentado en la cabecera de la mesa con sus ojos fijos en el mantel comenzó a contarle una tras otra las frustraciones comerciales que habían sufrido y la inexplicable sensación de abandono, desamparo y ausencia por parte de su Dios.

Toda clase de pensamientos surcaron sus palabras en ese momento, desde que: “El diablo nos está atacando crudamente”, hasta “Nos ungieron el lugar sin fe”; “No nos apoyan en oración”; “Alguien nos ha hecho una brujería”; “Nos han soltado una maldición” y hasta dijeron la verdad: “no tenemos ni idea porque nos está pasando esto...”

El pastor escuchó atentamente todos los sentimientos de angustia y argumentos expresados. Oró por cada uno de ellos y los alentó con promesas de victoria, pero lo cierto es que “El victorioso” ya no era tal y sus dueños decían perderlo todo queriendo abandonar.

En realidad, ni siquiera se les ocurrió pensar si era la verdadera voluntad de Dios abrir el poli rubro o no. No se les ocurrió pensar que su problema no comenzó con el bajo índice de ventas, sino antes de la inauguración. En esa idea que Dios nunca generó y que como soberano tampoco aprobó, muy a pesar de las oraciones.

***“Las ideas de Dios siempre funcionan
Pero las nuestras no siempre...
Por eso el Rey casi nunca las escucha”***

No es que a Dios no le haya agradado la idea y por eso no los ayudo. La verdad es que Dios había preparado ese despido de Marcelo, para que la familia pudiera comenzar su ministerio misionero.

De haber consultado a Dios abrían conocido su plan, de haber esperado en Dios, abrían recibido una llamada del exterior, una increíble oferta por su casa, un cambio cultural que impactaría sus generaciones futuras, un claro propósito y una perfecta estrategia para ganar miles de almas, fundar una obra y marcar precedentes de conquista para otros.

Claro que Dios les dará otra chance con el tiempo. Claro que tratará de reencausar a los desorientados Bustamante, que como muchos cristianos hoy, están buscando respuestas muy lejos de la verdad. Pero Dios nunca está apurado. Es posible que pasen años hasta que los haga volver a su propósito eterno.

Él es un Dios de oportunidades y las frustraciones las aprovechará para convertirlas en enseñanzas, pero quizá sean experiencias demasiado caras, demasiado pesadas, tanto como viejas anclas que no los dejarán navegar hacia la bendición para llegar a tiempo.

Quizás lleguen tarde con su vigor, o con un gastado fervor demasiado vapuleado para ser útil. Quizás sean sus hijos los que lleguen y solo quizás, pero lo cierto es que el precio de no buscar la guía de Dios, de no esforzarse a oír su voz, de no seguir sus pisadas, es demasiado caro, demasiado para pagar con una vida que pasa veloz como la niebla.

Solo necesitamos preguntar, escuchar a nuestro Padre celestial, a nuestro Señor y Rey, cual sea su voluntad. Cuando nos habla tanto de orar o de buscarle, no está tratando

de atraparnos en una regla religiosa o en sacrificios que generen una respuesta, cuando Dios nos llama a la oración o la lectura de su Palabra está tratando de revelarnos las huellas que el preparó de antemano, que permanecen ocultas a nuestra carnalidad, pero que si logramos meternos de pleno en la comunión espiritual quedarán expuestas para guiarnos a su voluntad, voluntad que seguramente nos conducirá al éxito y el propósito.

***“Oye, pueblo mío, y te amonestaré. Israel, si me oyes,
No habrá en ti dios ajeno, Ni te inclinarás a dios extraño.
Yo soy Jehová tu Dios, Que te hice subir de la tierra de
Egipto; Abre tu boca, y yo la llenaré.
Pero mi pueblo no oyó mi voz, E Israel no me quiso a mí.
Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; Caminaron
en sus propios consejos. Oh, si me hubiera oído mi pueblo,
si en mis caminos hubiera andado Israel! En un momento
habría yo derribado a sus enemigos, y vuelto mi mano
contra sus adversarios. Los que aborrecen a Jehová se le
habrían sometido, Y el tiempo de ellos sería para siempre.
Les sustentaría Dios con lo mejor del trigo, y con la miel
de la peña les saciaría.”***

Salmo 81:8 al 16

La inexplicable experiencia de los Bustamante es la típica situación que muchos cristianos viven sin entender el porqué de algún fracaso. Algunos le atribuyen al diablo su derrota. Otros al sistema imperante que ciertamente tiene que ver con la influencia del maligno. Otros dicen ser los culpables absolutos sin aceptar otra opción, aunque todos

fracasan invariablemente a la hora de buscar un verdadero detonante, porque no pueden imaginar que sea Dios mismo el que permitió el fracaso, pero es así, entérese, que muchas veces Dios mismo permitirá el fracaso de nuestras ideas, para que lo busquemos y adoptemos las suyas.

Otros culpan a las autoridades espirituales, a la Iglesia, a los hermanos por no batallar ferozmente en favor de su guerra personal y otros directamente culpan a Dios aduciendo mil causas por las cuales se sienten abandonados, desamparados, desprotegidos y derrotados. El problema es que Dios puede ser responsable, pero nunca será el culpable, los únicos culpables somos los que iniciamos algo fuera de Su voluntad y pensamos que por pedir Su bendición ya será un éxito, pero Dios no tiene por qué bendecir nuestras ideas, Él es Señor y Rey, solo bendice lo que El establece y no lo que se nos ocurre caprichosamente a nosotros.

“Dios es nuestro Padre y tal vez por eso muchos piensan que debe complacer todos sus caprichos...”

Tal vez la verdad no sea tan profunda y como profunda puede ser simple. Decimos a Dios Señor, pero queremos dirigirlo; lo llamamos Supremo y pretendemos llevarlo tras nuestras ideas como un simple ayudante; le decimos el Santo y nos creemos que es como un llaverito al que podemos trasladar a donde lo creamos necesario. Le decimos a Dios Padre y tal vez por ello pensamos que debe complacer nuestros caprichos; le decimos a Dios Creador pero queremos imponerle nuestras buenas ideas.

No es así hermano mío como se forja la victoria, no es así como se fabrican puertas para la bendición, no es así como se obtiene la llave del éxito. El Señor no tiene complejos ni apuro para que le reconozcamos como tal, pero debemos aprender a considerar su Señorío, no solo poniendo entusiasmo para cantarle una canción y con eso pensar que es suficiente, sino que debemos buscarle desesperadamente para que nos muestre nuestra tierra prometida.

Si no queremos fracasar, si no aceptamos quedarnos quietos sin conseguir más, debemos entender que la única victoria, la única bendición y el único éxito para los cristianos es estar en el centro de la perfecta voluntad de Dios, resistiendo al diablo y sus ideas, negándonos a las nuestras y siendo sensibles a la voz de nuestro Padre celestial, que por su Espíritu Santo nos quiere guiar por sendas de justicia y por caminos de bendición.

“Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová; levantemos nuestros corazones y manos a Dios en los cielos; Nosotros nos hemos rebelado, y fuimos desleales...”

Lamentaciones 3:40 al 42

Pasar tiempo con Él nos dará la posibilidad de escucharlo, escucharlo nos dará la posibilidad de conocer su voz y conocer su voz, nos dará la posibilidad de obedecerlo sin errores, obedecerlo nos llevará al centro de su perfecta voluntad y obtendremos así un éxito asegurado.

Pregunto: ¿Cuál es la voluntad de Dios para su vida? ¿Lo está escuchando usted? ¿Lo está obedeciendo? Si es así, pregunto: ¿Hay alguna posibilidad de que Dios le conduzca al fracaso? O será que solo quiere llevarnos a más. Siempre hacia arriba, siempre en poder, siempre en victoria, siempre en gloria.

“Yo te guío por el camino de la sabiduría, te dirijo por sendas de rectitud. Cuando camines no encontrarás obstáculos; cuando corras no tropezarás. Aférrate a la instrucción, no la dejes escapar; cuídala bien, que ella es tu vida.”

Proverbios 4:11 al 13 NVI

Si usted escucho alguna vez, la frase del poeta español Antonio Machado que dice: “Caminante no hay camino, se hace camino al andar” Usted puede llegar a pensar que debemos ser los diseñadores de nuestra vidas y que Dios solo nos sigue los pasos a medida que caminamos, pero déjeme decirle que Dios es Señor y Rey de nuestros pasos, Él ha diseñado nuestros días para el futuro y debe ser considerado como tal, por lo tanto, no es El quién sigue nuestros pasos, sino nosotros los que buscamos sus huellas para caminar sobre ellas, porque solo El, puede conducirnos a la verdad y a la vida...

Reconocer a Cristo como Salvador es el comienzo de la fe; reconocerlo como Señor y Rey es el verdadero inicio del discipulado. Muchos desean los beneficios del Reino, pero no todos están dispuestos a someterse al gobierno del

Rey. Sin embargo, no existe Reino sin gobierno, ni victoria sin rendición.

El gran conflicto del corazón humano no es la falta de fe, sino la resistencia al señorío. Queremos que Dios bendiga nuestros planes, cuando Él nos llama a abandonar los nuestros. Pretendemos que confirme nuestras decisiones, cuando lo que espera es que le preguntemos antes de decidir. Decimos “hágase tu voluntad”, pero vivimos como si la nuestra fuera la prioridad.

Cristo no vino a acompañar proyectos personales, vino a establecer un Reino eterno. No vino a seguir nuestras huellas, vino a dejarnos las suyas. Y esas huellas no siempre conducen por caminos cómodos, pero siempre conducen a la vida. A veces pasan por el desierto, otras por el fuego, y en ocasiones por la cruz; pero jamás terminan en fracaso, porque detrás de cada huella del Rey hay resurrección.

Cuando Dios permite que nuestras ideas fracasen, no lo hace para destruirnos, sino para rescatarnos. No es castigo, es misericordia. Es la mano amorosa del Padre quitándonos de caminos que parecen rectos, pero cuyo fin no es el propósito eterno. Más vale un fracaso a tiempo que un éxito fuera de Su voluntad.

Seguir las huellas del Señor y Rey implica renunciar al derecho de dirigirnos a nosotros mismos. Implica aprender a escuchar antes de avanzar, a obedecer antes de comprender y a confiar aun cuando no entendemos el proceso. Pero esa

rendición nunca empobrece; siempre enriquece. Nunca limita; siempre libera. Nunca retrasa; siempre alinea.

El verdadero éxito del creyente no se mide por logros visibles, sino por alineación espiritual. Estar en el centro de la voluntad de Dios es la mayor bendición posible, aun cuando el camino sea estrecho y el precio alto. Porque allí, y solo allí, el Reino se manifiesta con poder, la provisión llega a tiempo y la vida produce fruto eterno.

Hoy el Espíritu Santo sigue llamando a la Iglesia a volver al fundamento: no a un Cristo que sirve nuestros planes, sino a un Rey que gobierna nuestras vidas.

Que este capítulo no sea solo una advertencia, sino una invitación. Que no termine en reflexión, sino en rendición. Y que cada paso que demos de aquí en adelante no sea diseñado por nuestra conveniencia, sino marcado por las huellas del Señor y Rey, porque fuera de Su gobierno no hay propósito, pero bajo Su señorío, todo, absolutamente todo, conduce a la vida.



Capítulo nueve



Sobre las huellas de Cristo

“Pues para esto fuisteis llamados; porque Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas”.

1 Pedro 2:21

Nací en la ciudad de Necochea, a orillas del océano Atlántico, donde una arena fina y dorada bordea toda la costa. Una playa tan amplia y hermosa que mereció, con justicia, la conocida frase: “La mejor playa argentina”.

Nacer y crecer en un lugar imprime huellas profundas. El entorno se vuelve cotidiano, familiar, casi invisible de tan conocido. Sin embargo, esa misma cercanía permite explorar cada rincón, disfrutar cada paisaje, aun hasta el punto de convertirlo en costumbre. Son innumerables las horas que pasé junto al mar, caminando esa playa de suave declive,

escuchando el romper de las olas y sintiendo el viento salino sobre el rostro.

Guardo recuerdos entrañables de los días que disfruté allí con mi familia y con amigos, pero hay imágenes que permanecen con una fuerza especial. Recuerdo, en particular, algunas tardes de mi niñez en las que caminaba junto a mi padre por la orilla del mar.

Mi padre, seguramente, caminaba con la intención de ejercitarse. Yo, en cambio, solo quería jugar. Corría entre el agua y la arena, saltaba, juntaba caracoles y piedritas, iba y venía con la energía propia de un niño. Fue en una de esas caminatas cuando capturé una imagen y un pensamiento que jamás se borraron de mi mente.

Cuando uno es niño, magnifica todo. Mi padre era un hombre de buena contextura física, pero para mí era casi un gigante. Caminaba sobre la arena húmeda con paso firme, mientras yo corría a su alrededor: me retrasaba, lo adelantaba, lo rodeaba en mi inquietud constante.

En un momento comencé a caminar detrás de él, intentando pisar su sombra, algo que me resultaba imposible. Aun así, me divertía. Luego reparé en sus huellas y quise imitarlas, tratando de pisar exactamente donde él había pisado. Pero eso también era difícil: sus pasos eran demasiado largos para mí.

Comencé entonces a dar pequeños saltos de huella en huella, esforzándome por alcanzarlas. Después de varios intentos miré hacia atrás y vi algo que me impactó: sobre cada una de aquellas enormes huellas había quedado marcada una huella pequeña, con talones y dedos exageradamente impresos por el esfuerzo de cada salto.

Me arrodillé y observé, asombrado y casi asustado, lo grande que era su pie y lo pequeño que era el mío. Pensé que sería una locura imposible caminar toda la vida pisando exactamente sus huellas.

El tiempo pasó. El juego fue disminuyendo. Mis pasos se alargaron, mis pies crecieron, incluso llegaron a superar en tamaño a los de mi padre. Hoy no me sería difícil seguir sus huellas. Pero me alegra no haberlo hecho con fidelidad absoluta, porque mi padre, como todo ser humano, se equivocó más de una vez en su camino.

Tampoco pude disimular con mis propias huellas mi incapacidad de hacer un camino perfecto. La evidencia de que yo también me equivoqué en la elección de mis pasos es abrumadora. Amo a mi padre, pero no fue un maestro perfecto de la vida. Amo la vida, pero tampoco puedo considerarme un buen maestro para nadie.

Entonces surge la pregunta inevitable: ¿Cómo caminar sobre huellas seguras? ¿Cómo pisar lo andado por alguien, pero con principios nuevos? ¿Cómo imitar un modelo cuando el pie ya ha crecido? ¿Cómo esforzarse por seguir un camino

que no conduzca a la muerte, ni al olvido? Necesitamos huellas seguras del Maestro de la vida. Necesitamos las huellas de Cristo.

Amado lector, sé lo que estás pensando. Sé que has comprendido el sentido de este planteo. Necesitamos huellas seguras, huellas que tal vez en la niñez de nuestro entendimiento resulten difíciles de seguir, pero que, con perseverancia y crecimiento, terminen afirmando nuestros pasos.

Huellas demasiado grandes para imitarlas con fidelidad perfecta, pero que, en la repetición constante, casi obsesiva, comenzamos a emular. Huellas a veces invisibles, pero siempre presentes; a veces incomprensibles, pero absolutamente seguras; a veces desafiantes, incluso difíciles, pero siempre firmes; siempre tiernas; siempre llenas de amor.

Son las huellas del Maestro de la vida. Son las huellas del Camino mismo. Son huellas heredadas por gracia inmerecida. Huellas de destino eterno, sin error, sin muerte. Huellas que nos dirigen, nos exigen, nos corrigen y nos animan. Que nos elevan, nos forman y nos transforman. Son las huellas del Maestro. Son las huellas de Cristo Jesús.

“La justicia irá delante de él, y sus pasos nos pondrán por camino.”

Salmos 85:13

Es propósito de Dios que cuidemos cada paso que damos en la vida. Como Padre amoroso, Él no desea que nos dañemos con decisiones torpes o apresuradas. Por eso nos guía por las sendas de la justicia de Jesucristo, marcando el camino con huellas seguras.

“Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del Señor.”

Salmos 119:1 (NVI)

Llegará un día, más temprano de lo que imaginamos, en el que nuestras propias huellas quedarán impresas en la arena del tiempo. Otros caminarán detrás de nosotros: hijos, discípulos, hermanos, generaciones enteras. Y entonces la pregunta no será cuán lejos llegamos, sino a quién seguimos.

No se trata de dejar huellas grandes, visibles o admirables. Se trata de que nuestras huellas coincidan con las de Cristo. Porque toda huella que no nace de Él, aunque parezca firme, termina borrándose con la primera tormenta.

Seguir las huellas de Cristo no es copiar una conducta externa, ni imitar gestos religiosos. Es rendir el corazón cada día, permitir que Él marque el paso, aceptar que sus huellas nos lleven por caminos que no hubiéramos elegido, pero que siempre nos conducirán a la vida.

Tal vez hoy tus pasos sean pequeños, inseguros, torpes. Tal vez sientas que las huellas del Maestro son demasiado grandes para vos. No te detengas. Cada salto de fe deja

marca. Cada intento sincero agrada al Padre. Cada paso obediente acorta la distancia.

No camines solo. No inventes senderos. No sigas huellas ajenas. Detente. Mira el suelo. Allí están. Cristo ya pasó por delante. Cristo ya marcó el camino. Cristo sigue caminando. Y bienaventurado aquel que, aun con pasos débiles, decide una vez más poner sus pies sobre las huellas del Maestro.



Capítulo diez



Unos pasos más adelante

Estimado lector, yo necesito conectarme con usted en este momento, mucho más allá del tiempo entre mi letra y su lectura. Porque un pensamiento puede sobrevivir al tiempo y un sentimiento puede cancelar toda distancia. Una enseñanza puede cambiar una vida y una vida puede cambiar la de muchos otros.

Este libro nació enfundado en la idea de una gran plataforma de lanzamiento para poder compartir algunas enseñanzas que yo considero verdaderas perlas de parte de Dios. Pero por impensadas circunstancias que quisiera compartirle, este libro terminó siendo para mí, un sólido cimiento donde apoyar conceptos de vida para caminar con Dios.

Quisiera explicarle esto debidamente:

La noche que escribí el capítulo anterior, preparé el mate y encendí mi computadora para tratar de encontrar los

conceptos que usted acaba de leer, conceptos que encendieron recuerdos muy importantes para mí, recuerdos que trataron de expresar una enseñanza, pero que nunca encontrarían las palabras necesarias para expresar los profundos sentimientos que puede despertar el pasado y la niñez.

Esa noche pensando en cómo ilustrar el seguir las huellas incorrectas, huellas que pueden ser amadas, pero imperfectas, huellas que pueden estar cargadas de buenas intenciones pero que pueden llegar a conducirnos mal, imaginé, cuando caminaba por la playa en Necochea, mi ciudad natal, tratando de pisar sobre las huellas que mi padre dejaba en la arena y que yo pretendía copiar.

Suelo escribir hasta altas horas de la noche y en muchas ocasiones me descubre la salida del sol, yo necesitaba una manera válida de graficar la propuesta que encierra este libro, la propuesta de caminar sobre las huellas de Cristo.

Pensé en lo vivido con mi padre, como algo muy estimado por mí y a la vez adecuado para tal necesidad. Fue así que emprendí la desafiante tarea de plasmar de la mejor manera posible lo vivido en mi niñez, al hacerlo, recordé momentos, saboreé recuerdos, avivé sentimientos y sonreí frente a la pantalla de mi computadora, ante la idea de una futura lectura que mi padre le daría a este escrito.

Mi esposa me llamó desde la habitación y con la sonrisa dibujada en mi rostro me senté junto a la cama. Ella estaba leyendo un libro y quería comentarme lo que estaba aprendiendo. Charlamos un rato y sonó el teléfono.

Nosotros vivimos ahora en la provincia de La Pampa y mi familia sigue viviendo en la ciudad de Necochea, por lo tanto siempre me produce ansiedad el sonido del teléfono y esta vez no fue la excepción. No vivo con el temor de recibir malas noticias, pero no es muy habitual para nosotros recibir una llamada a las tres y media de la madrugada.

Miré a mi esposa con un gesto de intriga y tomé el teléfono. Era la voz de mi hermana que con desesperación y llanto me informaba que mi papá había fallecido. Mi padre con setenta y un años de edad, no estaba enfermo en una cama, ni con signos aparentes de una cercana muerte. Él tenía problemas de corazón y nosotros lo sabíamos muy bien.

También habíamos notado el cambio de su aspecto en los últimos meses, pero uno nunca asume ni quiere pensar en la posibilidad de que un ser querido tenga que partir para siempre. Fue por ese motivo que una noticia así me golpeó duramente.

Mi hermana, desde tan lejos y llorando con gran dolor me contó cómo se había apagado su vida, casi como en un sueño, pues estaba acostado en su cama, mirando televisión y con el control remoto en su mano. No fue consuelo para mí

el saber cómo murió. La distancia te genera una extraña sensación de impotencia y desesperación.

Pensaba en mi madre y en lo lejos que estaba de abrazarla, tanto a ella como a mis dos hermanas. Pensaba en mi padre y en las muchas cosas que no le dije y no hice con él. Tengo que reconocer que no me quedé con cuentas pendientes hacia él, yo pude decirle más de una vez lo mucho que lo amaba, pero igual, seguramente quienes han perdido a un ser amado sabrán que queda en uno, la extraña sensación de no haber dicho o hecho muchas cosas más.

Es muy difícil de definir la sensación que produce la muerte de un ser amado. Uno cree estar en plenitud y a cuenta con ellos, pero cuando la muerte golpea la puerta y te arrebató a esa persona, te inunda un angustioso sentimiento de deuda. Algo faltó, algo quedó inconcluso.

Cosas que no dijimos, cosas que no hicimos. Algo más podríamos haber vivido, generado, disfrutado. Algo, no sé, siempre habrá algo más, que la vida nos propuso como posibilidad. Algo más que la insaciable y egoísta manera de vivir el hoy, nos arrebató sin piedad.

¡Yo pude! Dije en el funeral. Yo pude mirar a mi padre a los ojos y decirle mi sentir, pude compartir momentos, comidas, fiestas, carreras de automovilismo, partidos de fútbol, charlas, dolores, éxitos y fracasos. Yo pude también, haber hecho algo más, porque siempre habrá un algo más que pudimos hacer y no hicimos.

Pero la vida del hombre es así, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, pero siempre pasa el viento por ella, luego perecerá, y hasta el lugar que ocupó será olvidado. (1 **Pedro 1:24**)

Yo pude! Dije en el funeral y esto sí alegre mi corazón. Yo pude mirar a mi padre a los ojos y preguntarle si creía que Jesús era el Señor y que Dios el Padre le había levantado de entre los muertos. Yo pude recordar que me miró y dijo tímidamente: Sí. Entonces le pregunte si el reconocía haber cometido muchos errores en su vida y dijo nuevamente, Sí.

Le pregunte si comprendía que cada error era un pecado que necesitaba ser perdonado, que con pecados nadie entraría al cielo, que el único que puede quitarlos de nuestra vida es Jesucristo y que en nadie ni en nada más que en Jesucristo hay salvación y dijo: Sí.

Yo pude! Dije a todos con euforia en el funeral. Yo pude orar con él para llevarlo al perdón. ¡Y él pudo! dije casi con alegría en mi interior, pudo decir que no, pero yo lo escuche cuando dijo: Sí.

Me dolió mucho despedir su carne que inevitablemente al polvo debía volver. Me dolió el pensar que no vería nunca más sus frescas huellas en la arena. Pero me gozo hoy, en pensar o tan solo imaginar sus huellas en el más allá, en esa ciudad con calles de oro y con un mar de cristal.

Mi padre se equivocó muchas veces en su vida al caminar. Fue creador de sus pasos, fue director de su camino, fue fundador de su destino, destino que lo encontró cansado, desalentado, abatido y lamentando sus muchos errores. Pero el Señor lo esperaba con divina paciencia, desde mucho tiempo atrás, lo esperaba para mostrarle un camino de verdad que nunca vio.

Dios había puesto un faro en su oscuridad para alumbrarle los pasos, pero mi padre lo ignoró hasta el final de sus días, no se percató que Dios le alumbraba para ofrecerle la vida y una nueva oportunidad.

El Señor quería mostrarle unas huellas talladas con piedad, con entrega, con dolor, con sacrificio y con sangre. Pero unas huellas seguras, incommovibles, inmarcesibles y eternas, creadoras de un camino vivo y nuevo, un camino hasta su Trono.

Eran las huellas de Cristo que redimió su destino y que en ese funeral me permitió exclamar a gran voz: Él pudo hacer huellas en la vida y equivocarse bien feo hasta enfrentar su final, pero doy gracias al Señor que antes de partir, encontró las huellas de Cristo para alcanzar la vida, esa que no se pierde, esa que no se apaga. Él pudo morir sin creer como muchos lo hacen, pero eligió la vida, él pudo seguir caminando hacia la muerte, pero yo sé que hoy camina con la vida.

Mi padre se equivocó pero yo no seguí sus huellas. Yo me equivoqué muchas más y espero que nadie me haya seguido. Mi padre encontró las huellas de Cristo y en su muerte alcanzó la vida, aunque demasiado tarde para glorificar a Dios con su obediencia. Yo también las encontré pero hasta hoy sigo vivo. He visto las huellas de Cristo como tramas en la arena. He posado mi pie sobre ellas y voy tratando de imitarlas para llegar al destino divino.

Una cosa he aprendido a través de esta experiencia, yo ame mucho a mi papá, es más, en la vida traté de hacer muchas cosas para agradarlo a él y no sé si obtuve resultados, creía que no, porque él nunca decía nada y yo no podía ver su corazón, pero con el tiempo desistí un poco de ese afán, sobre todo en mi adolescencia y comencé a ver que se había equivocado en algunas decisiones de su vida, entonces lo critiqué injustamente, como muchos jóvenes hoy, que critican a sus padres y no se dan cuenta que ellos también están haciendo camino con muchos errores, que nadie te otorga al nacer el manual de perfección.

Hoy me alegro de haber caminado junto a él y me alegro de que él y no otro, haya sido mi papá, recién hoy puedo ver desde lo lejos que fue un padre muy bueno y solo ese era su deber conmigo, no tenía que ser perfecto como yo había pensado, conmigo solo tenía que ser papá y verdaderamente lo fue.

Es decir, nadie es perfecto en la vida, ni es digno de pedir perfección en otros, todos erramos al tomar decisiones

y luego esos resultados seguramente afectarán para mal la vida de otros. Entonces aprendí que los errores de mi padre fueron la consecuencia de caminar tantos años sin Dios, que el haber encontrado al salvador los últimos días de su vida no implicó haber encontrado al Señor, es decir a aquel que pudo dirigir sus pasos sin errores, pero que no tuvo oportunidad.

Yo creo y enseño que si no lo reconocemos como el Señor, no lo conocimos de verdad, pero me estoy refiriendo a la falta de tiempo que tuvo mi padre para vivir bajo el señorío revelado.

Con el salvador somos libres de la muerte, pero con el Señor somos libres del error y alcanzaremos propósito. Por eso fue bueno no seguir las huellas de mi padre toda la vida y es bueno haber encontrado al salvador con más tiempo por delante, es bueno saberse salvo, pero es superior para mí el haberme encontrado con el Señor, con aquel que me dirige a su voluntad, porque eso me conducirá a la plenitud de vida y a la concreción del propósito, además de poder convertirme en un referente para otros, porque ahora descubrí que si yo piso en las huellas de Cristo, otros pueden pisar en las mías sin temor a equivocarse, hasta encontrarse totalmente con las huellas del Señor.

El apóstol Pablo nos enseñó que el también hizo lo mismo:

“Sed imitadores de mí, como yo de Cristo.”

1 Corintios 11:1

Me di cuenta que en su gracia, el Señor nos muestra las huellas de su Hijo Jesucristo para guiarnos a Él. Me di cuenta que apoyar nuestros pies sobre esas huellas y morir es terminar viviendo. Pero seguir viviendo es caminar y hacerlo, es apoyar otro paso en la siguiente huella marcada. Morir en El, es dejar de caminar para descansar. Seguir viviendo es esforzarse para no perder sus pisadas, porque fuera de ellas no hay nada.

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.”

Filipenses 1:21

Es mi deseo que en este sencillo libro usted haya podido captar algo de lo que he aprendido en mi esfuerzo por permanecer en sus huellas. Estoy seguro que en su íntima comunión con Dios, encontrará reveladoras enseñanzas de como posar su pie en la perfecta voluntad de Dios, imitando y avanzando así cada día, sobre las huellas de Cristo.

“Sustenta mis pasos en tus caminos, para que mis pies no resbalen.”

Salmo 17:5



Capítulo Once



Huellas para nuestra generación

Quisiera en este último capítulo retomar y remarcar el concepto de propósito, porque creo que es ahí donde está la gran riqueza de una vida con Dios.

Cuando leemos las Escrituras, descubrimos que los hombres que viven sin Dios, viven sin el propósito original de vida. No importa cuántas hazañas logren, puede que hayan vencido batallas, libertado pueblos, escrito buenos libros o esculpido extraordinarias obras de arte, si no caminaron con Dios, no lograron conectarse con el propósito eterno por el cual fueron creados.

***“Hay quienes piensan que está bien todo lo que hacen,
pero al fin de cuentas solo acaban en la tumba.”***

Proverbios 16:25 VLS

Algunos, puede que se hayan sentido realizados o plenos con sus logros. Muchos otros, no pudieron eludir

jamás el vacío en sus corazones. A pesar de todo, muchos de ellos dejaron preciosos legados de enseñanzas o de ejemplos para otras generaciones. Sin embargo, si caminaron sin Dios, nada de lo que hicieron tuvo la plenitud y el sentido de recompensa que debió tener. Un monumento en una plaza, una calle con tu nombre o un busto de bronce en una escuela, no significan nada cruzando el umbral de la muerte. Los homenajes, las canciones o las flores solo pasan y se marchitan. Pero obtener una herencia incorruptible, inmaculada y que no se marchita, reservada en los cielos, es la recompensa de los hombres que pudieron caminar sobre las huellas diseñadas por el Padre Eterno.

“De nada sirve que una persona gane en este mundo todo lo que quiera, si al fin de cuentas pierde su vida. Y nadie puede dar nada para salvarla.”

Mateo 16:26 VLS

Yo personalmente también caminé sin Dios y fui de aquellos que a pesar de tener una hermosa familia y un buen pasar, no pude evadir ese vacío al cual hice referencia, un vacío que solo Cristo pudo llenar. A partir de ahí, ya no quise perseguir cosas, solo lo deseaba a Él, eso me fue conduciendo sin que yo fuera plenamente consciente, pero mis pasos fueron guiados al propósito que Dios había diseñado para mí, un propósito que yo jamás hubiese imaginado, pero que Él tenía preparado.

***“El Señor cumplirá en mí su propósito.
Tu gran amor, Señor, perdurará para siempre;***

¡No abandones la obra de tus manos!”

Salmo 138:8 NVI

Ese propósito del cual escribo, solo es una pequeña parte del magno propósito de Dios. Solo tiene que ver con nuestro plan de vida, que de concretarlo, tendremos la posibilidad de tocar el propósito eterno de Dios. Ese designio es diferente, es el que Dios diseñó para toda su creación, es el que nos excede, es el que comenzó mucho antes de que nosotros nacióéramos y es el que terminará mucho después de nuestra desaparición física. Ese propósito eterno y genial, nos contiene. ¡Gloria a Dios! Eso es extraordinario...

Ese propósito eterno de Dios demanda de todas las generaciones para que pueda cumplirse, pues Dios es eterno y no tiene apuro para la concreción de sus planes. Él está dispuesto a esperar el tiempo necesario para llevarlo a cabo, porque esa es su gran obra maestra. Claro, si los hombres hubiésemos entendido sus pasos y hubiésemos sido lo suficientemente obedientes para caminar por ellos, entonces ya estaría consumado lo que Dios se propuso en los primeros capítulos de Génesis.

“Dios no cancela planes, Dios espera generaciones”

Nosotros hoy somos parte de una generación y si deseamos vivir con plenitud, debemos entender nuestra generación y penetrar el sistema de vida con los diseños del Padre. Yo veo a través de la Escritura, que Noé entendió el diseño de su generación, por eso edificó un arca, de lo

contrario la humanidad hubiese perecido. Yo veo que José entendió su generación y la cultura de los egipcios, por eso penetró el sistema y salvó del hambre al mundo. Yo veo que Moisés entendió los tiempos de su generación y penetró la cultura imperante por eso, libró a su nación de la esclavitud.

Yo veo que Daniel entendió los tiempos de su generación y la cultura babilónica, de tal manera que penetró el sistema, gobernó y libró a su nación del destierro. Hay muchos ejemplos en la Biblia, porque la Escritura les ofrece más páginas a las personas que entendieron a su generación que a los que pasaron desapercibidos, inoperantes, fríos y dormidos cuando les tocó vivir.

“Ciertamente David, después de servir a su propia generación conforme al propósito de Dios, murió, fue sepultado con sus antepasados, y su cuerpo sufrió la corrupción”.

Hechos 13:36 NVI

David es otro claro ejemplo de alguien que entendió a su generación, porque la única manera de servir a una generación es entendiéndola. La pregunta entonces sería: ¿Nosotros estamos entendiendo a nuestra generación?

Hoy estamos viviendo un tiempo muy especial, un tiempo con características extraordinarias y digo extraordinarias porque nunca en la historia de la humanidad se vio lo que hoy se está viviendo. No me refiero a la maldad, porque en la historia hubo periodos terribles, no me refiero al

pecado, porque eso ha existido desde que el hombre comió la fruta prohibida, pero sí me refiero al aumento de la ciencia, que le da una forma única a nuestra cultura social, la tecnología, las comunicaciones y la influencia de la globalización, han producido lo que hoy se denomina el Posmodernismo, un movimiento cultural y social que surgió en la década de los ochenta y que se caracteriza por la crítica del racionalismo, la atención a lo formal, a la búsqueda de nuevas maneras de expresión, junto con una carencia de ideologías partidarias y compromiso social verdadero.

Puede decirse que lo posmoderno se asocia al culto de la individualidad, al desinterés por el bienestar común y el rechazo del racionalismo, aunque la idea tiene muchas aristas. A diferencia de las generaciones precedentes, que creían en las utopías y en el desarrollo social que caracterizó a la Modernidad, los pensadores posmodernos respaldan la idea de que la posibilidad de progreso sólo es individual. Además, en esta época se minimiza la importancia del pasado e incluso del futuro, por lo que sólo se le otorga relevancia al presente, que por otra parte, se lo considera muy efímero.

Ante la valorización del cuerpo como instrumento de libertad y fuente de placer, la fe y lo espiritual pierden importancia. Tal es así que en la actualidad el pensamiento popular es: *“Mientras me guste, lo disfrute y lo elija, nadie tiene derecho a decirme nada, ni opinar, ni criticarme y mucho menos prohibirme lo que yo quiera hacer...”*

En este tiempo la gente se ha determinado por una cosmovisión individualista, no acepta las verdades absolutas, por el contrario, admite y considera correcto que cada uno piense lo que quiera del mundo, de la creación y de la existencia humana, incluso en el más allá. Hoy cualquier verdad que quiera ser planteada como absoluta es recibida como retrógrada y es automáticamente combatida por el espíritu del siglo. Solo se considera sabio y pro un pensamiento relativo, flexible y tolerante.

En la posmodernidad hay una cosmovisión muy particular y nosotros como iglesia estamos inmersos dentro de ella y de ese pensamiento tan individualista y humanista. La posmodernidad genera una gran confrontación, genera ambientes hostiles que debemos penetrar y no lograremos hacerlo si no comprendemos los diseños de Dios para esta generación.

Recuerde que vamos tras las huellas de Cristo y si bien Él vivió un mundo muy diferente, logró penetrar con éxito el sistema de sus días. Él vivió inmerso en una cultura, una educación y un pensamiento muy particular y diferente al de hoy, pero nos sirve como ejemplo por una sencilla razón, Cristo tuvo que penetrar un ambiente totalmente hostil, tal vez con otra clase de dificultades, pero un ambiente difícil y en definitiva eso es lo que nos enseñará a caminar sobre las tormentosas aguas de nuestra generación.

Como hijos de Dios debemos aprender que Cristo, nunca procuró gobernar personas, sino que logró gobernar

ambientes y fue bastante combativo al respecto. El que más habla de esa actitud del maestro fue Marcos en su evangelio, ya que lo escribió fundamentalmente para los romanos y lo muestra de continuo como un conquistador, como alguien atrevido contra el sistema, audaz y valiente. Marcos relata dieciocho de los treinta y cinco milagros que aparecen en la Escritura, Marcos estaba interesado en relatar las acciones impulsivas y conquistadoras de Cristo, lo muestra penetrando el sistema entre la gente, siendo amado por los pecadores y profundamente odiado por los religiosos. Las multitudes lo seguían para escucharlo y otros simplemente querían matarlo a causa de sus enseñanzas.

El evangelista Marcos deja muy bien plasmado este conflicto cuando registra una enseñanza de Cristo ante los discípulos de Juan el Bautista, los discípulos de los fariseos y sus propios discípulos. El texto registrado en nuestros días como parte del capítulo dos, dice lo siguiente:

“Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar”.

En esta enseñanza Jesucristo tenía en claro que en los cambios que Él planteaba, algunos sufrirían el proceso y otros morirían. Cuando hablaba de vestidos y odres, hablaba de ideas, hablaba de un cambio de mentalidad que

confrontaba al sistema del momento y creo que puedo ver en este pasaje la solución para nuestros días.

Jesús estaba enseñando que el Padre haría un trabajo artesanal para provocar un cambio de pensamiento en esa generación. Personalmente creo que lo hace con cada generación, lo que deberíamos preguntarnos es por qué durante la historia de la humanidad, tantas generaciones ignoraron el propósito de Dios para sus vidas. En realidad, todos somos odres, el tema es si seremos odres nuevos para Dios o no resistiremos las presiones que produce la revelación.

Hoy el Señor está provocando reformas en su Iglesia, pequeñas grandes reformas que solo pueden ser recibidas por odres nuevos, es decir, por gente dispuesta a recibir sin temor nuevos desafíos y que dicen sí. Gente que no es necesariamente improvisada o crédula ante cualquier sugerencia, sino que es aquella que escucha y conoce la voz de Cristo y por tal motivo no piensa demasiado si es peligroso o no bajar sus pies de la barca; gente que no se preocupa demasiado por el riesgo de hundirse o por el negativo pensamiento de los expertos. Por el contrario, es gente decidida a caminar sobre las tormentosas aguas del presente. Gente que por otra parte tiene errores y puede que tenga que ser auxiliada ante la rudeza de las olas, pero en definitiva es gente que el Señor busca y ama porque son atrevidos que solo pretenden caminar sobre las huellas de Cristo.

Por otra parte hay personas que hoy están en plena transición, fermentando los olores de un cambio y lo predicán, pero en realidad no lo entienden. Personalmente, creo que deberían llamarse al silencio, a la intimidad con Dios para tratar de entender y luego sí, poder vivir lo entendido; no hay nada más dañino para una generación que los que pregonan una media verdad o acunan el orgullo de abrazar un cambio que en realidad no entienden.

Creo que hoy necesitamos el proceso interno de la revelación. No podemos cambiar cosméticamente, no debemos avanzar y mucho menos liderar con burdas imitaciones. No podemos penetrar esta generación sin un cambio verdadero, porque esta es la generación de lo falso, de la copia, de la imitación, de lo trucho, de la mentira. Ciertamente, el don redentivo para este mal es una iglesia fundamentada en la verdad, pero con un contundente criterio de juicio, verdadero y revelado por el Espíritu.

“Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado. Por eso vienen días, ha dicho Jehová, en que yo le enviaré trasvasadores que le trasvasarán; y vaciarán sus vasijas, y romperán sus odres.”

Jeremías 48:11 y 12

Como comunicador de esta generación, estoy convencido de que debemos cambiar nuestra cosmovisión

para poder cambiar la visión del mundo que el posmodernismo ha generado. Moab es el ejemplo de lo que no debemos permitirnos. El tiempo pasa vertiginosamente y reposar en tiempo de cambios puede ser desbastador.

Dios trabaja por dentro con nosotros porque sin la cosmovisión de Reino revelada en nuestro interior, no podremos soportar la hostilidad externa.

“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana”.

Apocalipsis 22:16

“En la raíz está la verdadera cosmovisión de nuestra generación...”

He tenido la oportunidad de hablar con muchas personas acerca de mis viajes y de los medios de transporte que utilizamos: de los atrasos y las incomodidades de un ómnibus, y también de los beneficios y las sensaciones que provoca un viaje en avión. Sin embargo, curiosamente, nunca he podido conversar con alguien que me relate lo que se experimenta viajando en un submarino.

El submarino es uno de los vehículos más fascinantes y misteriosos que existen. La mayoría de las personas los conoce más por películas bélicas que por experiencias personales. Sinceramente, no tengo ningún deseo de viajar en

uno, pero es un excelente ejemplo para ilustrar una verdad espiritual.

Estos ingeniosos vehículos pueden sumergirse a profundidades extremas y soportar presiones increíbles. Su estructura interna es extremadamente sólida y avanzada. Generalmente, el casco de los submarinos de mayor tamaño es doble, construido de forma cilíndrica y con acero flexible, una característica indispensable para resistir la presión aplastante de los océanos. Si un submarino no tuviera una estructura adecuada, la presión externa lo destruiría irremediabilmente.

De la misma manera, podemos asociar esta fortaleza estructural con nuestra vida espiritual. El diseño y la fortaleza de la estructura interna son los que nos permitirán soportar las presiones externas de una sociedad difícil.

Jesús penetró, sin colapsar, los ambientes más hostiles de su generación. Su nacimiento ocurrió en un tiempo socialmente adverso. No tuvo un lugar digno donde nacer, y apenas nacido, Herodes ordenó su muerte. En su desarrollo familiar no recibió privilegios, y sus propios hermanos no creían en Él. Antes de comenzar su ministerio público, fue llevado por el mismo Espíritu al desierto, donde enfrentó la dureza del clima, la falta de alimento y el ataque directo de Satanás.

Cuando se manifestó en la sinagoga ante los entendidos, intentaron arrojarlo desde un monte. Desde

entonces fue perseguido constantemente. Aunque no siempre lo declaraban públicamente, procuraron matarlo una y otra vez, hasta lograrlo mediante falsas acusaciones ante las autoridades romanas. Sus discípulos lo abandonaron. Recordemos que fueron más de setenta los que caminaron con Él, pero muchos se apartaron. Los doce no lo comprendieron plenamente y, aun después de todo lo visto y oído, huyeron cuando fue arrestado, torturado y crucificado.

Y, sin embargo, nada detuvo el caminar de Jesús hacia la consumación de su propósito. Un ambiente totalmente hostil no pudo destruirlo, porque su estructura revelacional interna soportó toda agresión. Así nos enseñó, como nadie, que es posible penetrar una generación maligna y perversa; que es posible soportar la hostilidad de las tinieblas; y que el secreto está en poseer una estructura espiritual lo suficientemente fuerte para avanzar hasta el final.

El profeta Isaías lo describe con una crudeza conmovedora: *“Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros*

curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada...”Isaías 53:1 al 10

Me gusta mucho todo este pasaje de Isaías, por cierto me emociona, pero eleva mi imaginación el concepto de raíz de tierra seca, es como si pudiera imaginar una raíz en un suelo seco y hostil, tratando de sobrevivir a las adversidades y finalmente verla triunfar dando sus brotes.

Si observamos las hostilidades que sufrió Jesús, tan solo en este pasaje, seguramente seremos impactados:

- Despreciado
- Desechado
- Dolorido
- Quebrantado
- Menospreciado

- Azotado
- Herido
- Abatido
- Molido
- Castigado
- Sufrido
- Llagado
- Angustiado
- Afligido
- Enmudecido
- Encarcelado
- Enfermado
- Acusado
- Enjuiciado
- Condenado

Sinceramente después de exponer esto en solamente un capítulo, puedo concluir y me hago cargo al escribir sobre una conclusión, como algo totalmente personal, pero creo que Jesús nos dejó sus huellas para que podamos entender cómo se penetra una generación con el poder del evangelio del Reino.

Me estoy refiriendo a las huellas que puede dejar un corazón en conflicto. El corazón de Jesús habla más claro que las huellas de sus pies, al menos para nuestra generación. Puede que estemos enfrentando tiempos únicos y difíciles, pero si seguimos sus huellas internas seguramente lograremos tener éxito.

Me estoy refiriendo a las huellas de su revelación de vida, Jesús dijo:

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Juan 6:38

Cuando alguien tiene identidad y sabe quién es y para qué ha sido enviado, entonces no hay hostilidad que pueda detenerlo. Seguir las huellas de alguien que sabe quién es, de dónde viene y a dónde va, nos garantizará el éxito. Esto no se obtiene en un instituto bíblico, porque son huellas de una vida y no pueden verse ciertas huellas estudiando teología. Solo se pueden ver las huellas de alguien que conocemos con profundidad. Pero recuerde, que estoy hablando de huellas del corazón y eso quiere decir que no solo debo ver a la persona y conocerlo, sino tener acceso a la intimidad de su corazón.

En definitiva, creo que las huellas que Jesús dejó para nuestra difícil generación, son huellas claras para los que practican la intimidad, la humildad y la búsqueda profunda. Si la Iglesia de este siglo se vuelve profunda, en una generación superficial, si se vuelve humilde, en una generación orgullosa y si se vuelve íntima, en una generación sin compromisos, entonces seremos conducidos y penetraremos el sistema, llevando hasta lo último de la tierra el mensaje del Reino.

No hay nada que podamos hacer en el Nombre del Señor que no tenga hostilidad, por eso el mensaje superficial y liviano de que Dios solucionará todos nuestros problemas y que nos sanará, libertará, prosperará y embellecerá, solo contribuye a una superficialidad que es inútil para enfrentar una generación tan complicada.

Necesitamos ser alumbrados por Su revelación. Como maestro de la Palabra estoy totalmente convencido de que la clave de estos tiempos es el poder de la revelación. Ver y entender a la manera de Dios, es la estructura interna más poderosa y confiable para soportar las presiones externas de una generación maligna y perversa, como es la de los últimos tiempos.

Debemos buscar cada revelación, como el detective Sherlock Holmes con su lupa, debemos poner toda la dedicación y darle el legítimo valor a cada pisada revelacional, porque ellas nos marcarán el rumbo en esta dimensión profética que vivimos. Hay huellas que nadie ve y que nadie verá jamás, pero son huellas a las cuales el Padre nos ha dado acceso en estos últimos tiempos.

Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.

Amós 3:7

La Iglesia no es el lugar de contención ni el refugio de una generación. La iglesia no es el paraíso perfecto de amor y paz, la iglesia debe ser el cuartel de entrenamiento, debe ser

la escuela capacitadora para preparar gente determinada para enfrentar ambientes hostiles.

Hoy la gente está buscando un lugar de paz, donde le puedan arreglar todos sus problemas, pero si nos asignamos esa virtud, jamás penetraremos el sistema de una generación posmoderna, al contrario, solo estaremos preparando el caldo de cultivo para que se pueda fortalecer.

La Iglesia de hoy debe desesperarse por obtener revelación de cada huella del corazón de Jesús, porque esas huellas serán la fortaleza interna ante una generación perversa, porque el avance sobre esos pasos será el mensaje correcto para los escogidos que necesitan llegar al Padre.

Jesús no nos abrió camino al Padre por causa de su prosperidad, sino tomando la cruz y diciendo: ***“Y el que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo...”*** Amados, solo la revelación del Espíritu puede enseñarle a esta generación que la Cruz nos conduce al trono y que solo el Hijo nos puede conducir al Padre...

Tenemos por delante el mejor viaje y el mayor desafío. No creo que sea para cualquiera, pero tengo la firme convicción que Dios está esperando corazones que busquen con desesperación y entusiasmo esas huellas a las que Pablo llama “misterios”. Son las huellas que nos conectarán con el diseño para nuestra generación, porque solo así haremos visible el camino para todos.

Tengamos presente en todo tiempo, para no dar nada por hecho, que Jesús caminó sobre las aguas y que las aguas no sostienen huellas ante los ojos carnales, solo pueden ser reveladas a los ojos espirituales que valoran y que creen que cada paso que el maestro dio en el pasado, fueron pasos eternos para alcanzar el destino de Gloria, interpretando que solo Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin...

“Para esto han sido llamados, pues Cristo también sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo, y deben seguir sus huellas...”

1 Pedro 2:21 la Biblia Latinoamericana

Por último quisiera dejar en claro que no es la función de la iglesia marcar el paso a nadie, a esta generación no le gusta que le marquen el paso y nosotros debemos comprender que no debe ser esa nuestra función. Cuando le hemos tratado de gritar al mundo como deben vivir, solo recibimos rechazo y creo entender por qué. Nuestra misión no es marcar el paso a nadie, sino vivir la vida caminando sobre las huellas correctas. Una iglesia que no dice lo que hay que hacer, sino que hace lo correcto, será una iglesia plena y feliz. Esa es la iglesia que el mundo no conoce, esa es la manifestación de los hijos que la creación espera.

Jesús vivió en una sociedad hostil y sufrió todas las presiones, pero dice la Palabra en el capítulo uno del libro a los Hebreos: ***“Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por lo cual Dios, tu Dios, te ha ungido con oleo de alegría más que a tus compañeros...”***

Que maravilloso que alguien tan atacado como Jesús fue llamado ***“Amigo de pecadores”*** y sin embargo nunca pecó, que penetrando un sistema tan hostil, tenía más alegría que sus compañeros, increíble, un ejemplo extraordinario para la iglesia de hoy.

“Cuando la iglesia logre caminar sobre las huellas del maestro, logrará impactar el sistema y el corazón de los necesitados. La gente amaba a Jesús y los religiosos lo odiaban. Hoy la gente no tiene problemas con Jesús, pero si con la religión, algo ha pasado y debemos considerar ese sentir. La Iglesia debe volverse a las huellas de Cristo y llegar a los pecadores, amando la justicia y aborreciendo la iniquidad, caminando con alegría, con propósito y con libertad. Admiro profundamente a mi maestro amado y busco sus huellas con desesperación, porque estoy convencido que si logramos caminar como Jesús caminó, manifestaremos la plenitud del Reino hasta lo último de la tierra...

“Cuando toda la gente se había ido, Jesús subió solo a un cerro para orar. Allí estuvo orando hasta que anocheció. Mientras tanto, la barca ya se había alejado bastante de la orilla; navegaba contra el viento y las olas la golpeaban con mucha fuerza. Todavía estaba oscuro cuando Jesús se acercó a la barca. Iba caminando sobre el agua.

Los discípulos lo vieron, pero no lo reconocieron. Llenos de miedo, gritaron: ¡Un fantasma! ¡Un fantasma!

Enseguida Jesús les dijo: ¡Cálmense! ¡Soy yo! ¡No tengan miedo! Entonces Pedro le respondió: Señor, si realmente eres tú, ordena que yo camine también sobre el agua y vaya hasta donde tú estás.

Y Jesús le dijo: ¡Ven! De inmediato Pedro bajó de la barca. Caminó sobre el agua y fue hacia Jesús...”

Mateo 14:23 al 29 VLS

Usted que conoce esta historia puede preguntarse íntimamente ¿Qué pasaría si al ir sobre las huellas de Cristo, nos hundiéramos como Pedro? Bueno, yo también he pensado en esto, pero no incluí ese versículo, porque se supone que después de un par de milenios hemos aprendido a no mirar las adversidades de un mar revuelto. De todas maneras si no lo hemos aprendido, debemos considerar que Jesús abrazó a Pedro y lo paró nuevamente sobre las aguas junto a Él. Es decir, no hay riesgos, solo hay un gran desafío y una fascinante aventura en caminar sobre las huellas de Cristo...

Me gusta esta sencilla versión y lo que dice el versículo 29: ***“Y Jesús le dijo: ¡Ven! De inmediato Pedro bajó de la barca. Caminó sobre el agua y fue hacia Jesús...”***

Lo puedo imaginar a Jesús parado sobre las aguas diciéndole a Pedro ***¡Ven!*** Llamando a través del tiempo a su Iglesia desafiándola con un grito, ***¡Vengan!*** Esperando que sus Pedros de hoy se atrevan a dejar la seguridad de la barca y caminar como lo hace Él, como nos invita a hacerlo... En la seguridad de la Fe...

Me encanta imaginar a Pedro cuestionado y admirado por el resto, desafiado y animado por Jesús, un Pedro que en su mente natural se estaría planteando su locura, pero en su hombre interior palparía emocionado ante tamaña posibilidad. Un Pedro que nos enseña que se puede salir de la barca, que vale la pena ser atrevidos, crédulos y jugados para avanzar en pos del llamado del maestro que dice *¡Ven...!*

Amado lector, este es nuestro tiempo, esta es nuestra generación, Él nos está llamando y muchas generaciones ignoraron eso, no seamos como ellos, atrevámonos a salir de la barca y caminemos sin dudar sobre sus huellas, no miremos las olas de este siglo, no demos lugar a las dudas o al temor, solo pongamos nuestros ojos en el autor y consumidor de la fe y avancemos cada día tras las huellas de Cristo.



Reflexión final

He tenido el privilegio de servir a Dios durante muchos años, y espero poder hacerlo hasta el último día de mi vida. He sido alcanzado por su infinita gracia y por su inagotable amor. No sé si he logrado hacer una verdadera contribución a algunos hermanos de mi generación, pero lo seguiré intentando, porque cuando Él me llamó, también encendió en mí una entrañable pasión por edificar a su Iglesia preciosa, impulsándola al compromiso, a la acción y a la plenitud que su diseño divino propone.

No he procurado obtener logros personales, porque cuando lo conocí a Él, los obtuve todos. No he pretendido ser reconocido por multitudes, porque si Él me conoce, desde antes de que fuese formado en el vientre de mi madre, eso es más que suficiente para mí.

No he buscado tener muchos hijos espirituales, ni incontables discípulos ministeriales, ni numerosas obras en distintas ciudades. No porque considere que todo eso sea incorrecto, sino porque no quiero desenfocarme. No quiero quitar mis ojos de Él. No quiero distraerme persiguiendo lo que muchos llaman éxito. No los critico; solo confieso que no quiero perderme en ese camino. No quiero desviar mi mirada y encontrarme con una ola que me hunda. No quiero dejar de mirarlo a Él.

Permítanme seguir contemplándolo: A quien amo. A quien sirvo. A quien sigo...

Alguien dijo una vez que yo levantaba escuelas en distintas ciudades, pero que mi problema era no estar formando personas para que recibieran mi legado y continuaran mi ministerio. Yo pensé entonces: Dios no necesita otro igual a mí, sino alguien mejor. Dios no necesita que la gente me siga a mí, sino que lo siga a Él. Y si existe algún legado, no está concentrado en dos o tres personas, sino que ha sido, y será, derramado en cada gota de enseñanza que el Espíritu Santo haya podido impartir a través de mi vida, en cualquier hermano y en cualquier lugar.

Amados consiervos, dejemos de pretender que la gente se identifique con nosotros. Dejemos de buscar seguidores, reconocimiento u honores especiales. No procuremos que multitudes caminen tras nuestras huellas. Les ruego, con humildad y convicción, que hagamos algo mejor: ayudemos a que la gente pueda verlo a Él.

Y mientras tengamos un hilo de voz o tinta para escribir, proclamemos su hermosura. Que todo aquel que nos escuche o lea nuestros escritos sea tocado por un anhelo profundo e irrefrenable de seguir tras las huellas de Cristo.

Amado lector, solo espero que las páginas de este libro hayan logrado transmitirle este deseo: que un renovado impulso espiritual lo anime a no claudicar por nada, a no detenerse, a vencer el temor a las olas de este tiempo y a

avanzar, siempre avanzar, pisando con confianza las huellas de la única Verdad, del único Camino y de la única Vida que nos conduce al Padre.

Las huellas de Cristo...



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Dedicatoria

“Quisiera dedicar este libro de especial sentimiento para mi vida personal a quienes fueron personas claves en mi caminar de vida y que hoy ya no están para poder caminar en la vida con ellos, pero fueron compañeros de alta estima y de gran valor para mí:

A mi padre Osvaldo Marcelo Rebolleda, que partió con el Señor mientras escribida este libro,

Y a dos hermanos del corazón que me brindaron su sincera amistad, a Eduardo Darguibel y a Gustavo Ibarrouble... Ellos ya no están presentes para leer esto, pero se los dedico porque es un libro de vida y porque Dios no es un Dios de muertos sino de vivos y sé que en algún lugar de la eternidad los alcanzará la honra de mi memoria...”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

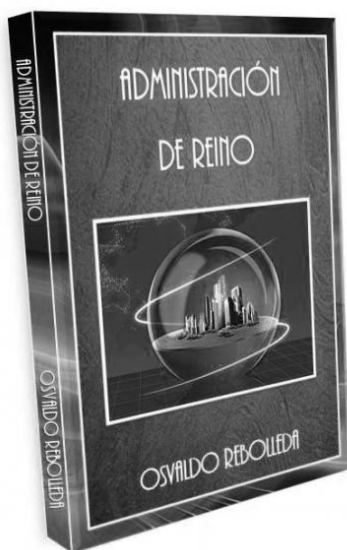
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

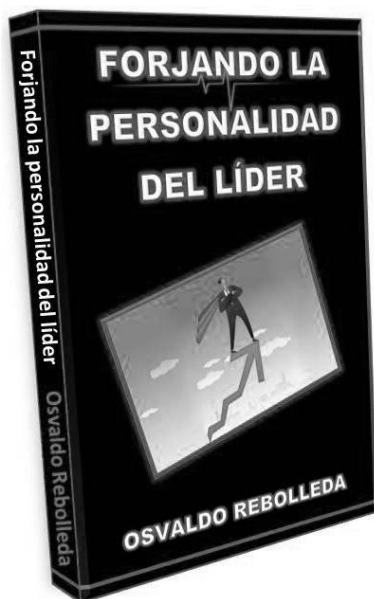
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

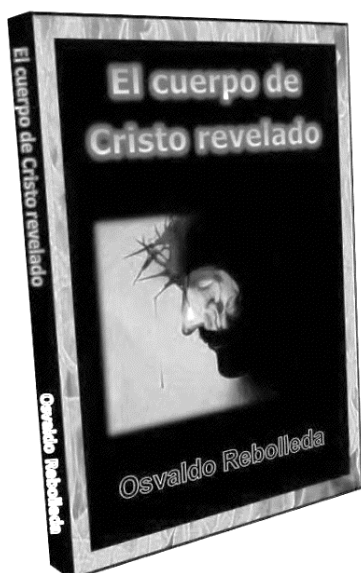
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



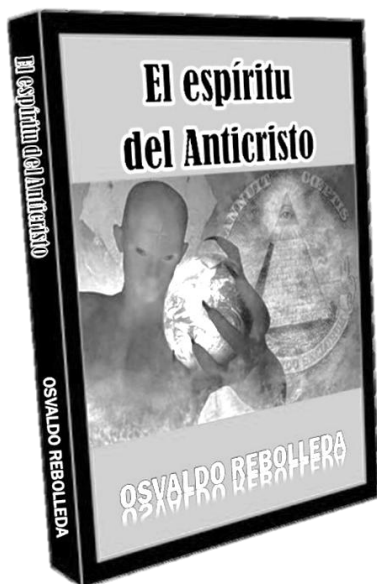
www.osvaldorebolleda.com



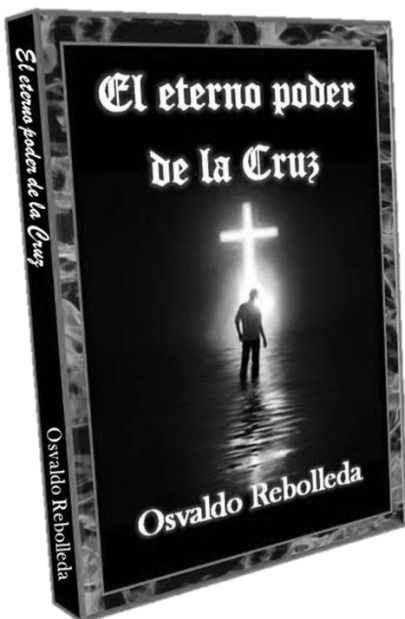
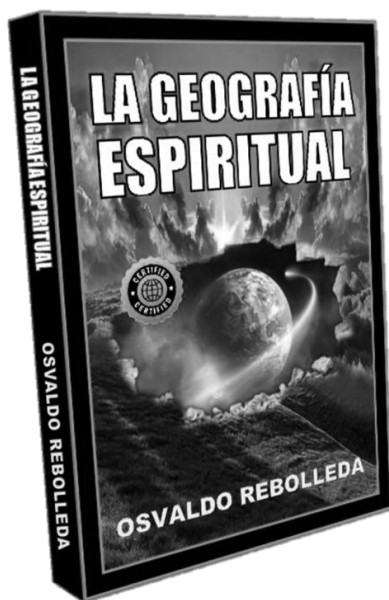


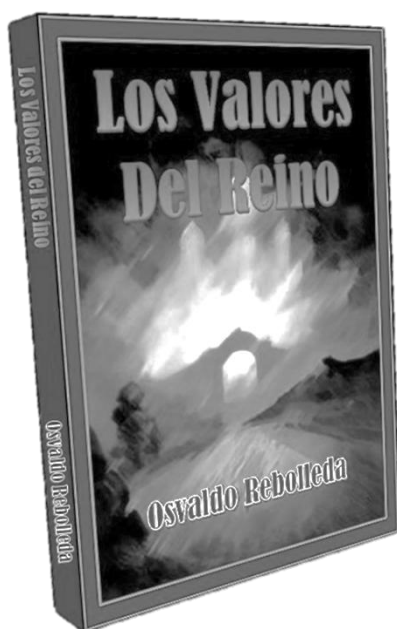
www.osvaldorebolleda.com



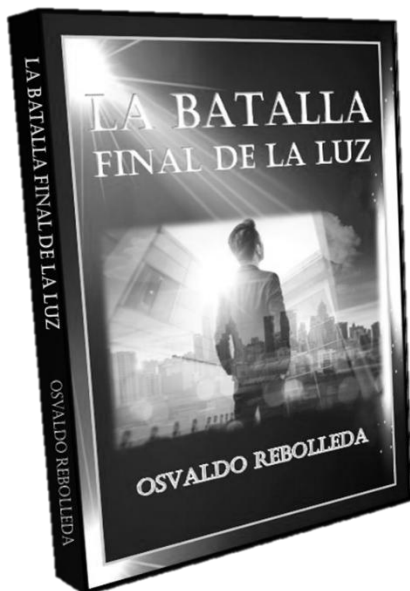


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com



RECUPERANDO EL EQUILIBRIO ESPIRITUAL



Oswaldo Rebolleda

***«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»***